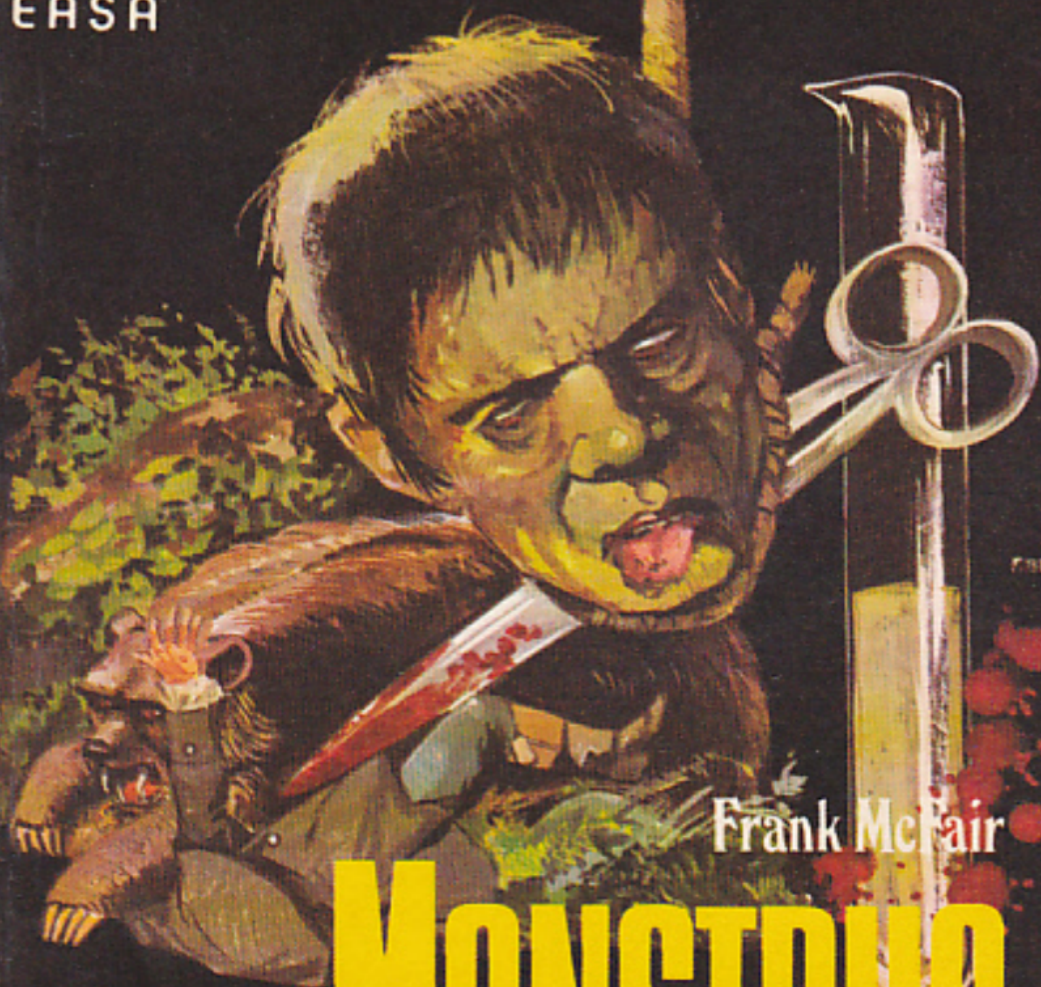




BOLSILIBROS
EASA

TERROR



Frank McParr

MONSTRUO

TERROR &



MONSTRUO
Frank McFair

TERROR

© FRANK McFAIR

Derechos reservados por: EDITORIAL ANDINA, S. A. Polígono Industrial de Pinto PINTO (Madrid)

Director responsable:

Gregorio Ovejero

I. S. B. N. 84-06-02254-X

Depósito legal: M. 40.963-1979

Printed in Spain LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32 Fuenlabrada (MADRID)

EDITORIAL ANDINA, S.A.

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

CAPITULO 1

LA tormenta batía incesante contra los cristales, pero el interior de la amplia habitación estaba caliente, acogedor, con el gran fuego encendido y las cortinas corridas.

Sobre una mesita pequeña, se alineaban las botellas de vino del Rhin, pastelillos de foie gras y rosquillas saladas con semillas de amapola incrustadas en su dorada corteza.

El profesor doctor Von Daleth, con su barba fluvial, reinaba sobre la concurrencia, que escuchaba sus palabras con respeto. Era su noche de recepción, que ofrecía invariablemente a sus estudiantes predilectos todos los primeros viernes de mes.

—Mi querido Von Flexmann, creo que usted bromea

Von Flexmann un joven de alta estatura, en cuya cara se advertían tres cicatrices de duelo, movió la cabeza.

—¿De veras, señor profesor? En ese caso, ¿cómo calificaría usted a ese hombre? ¿No como un criminal?

—Por supuesto, sí, pero no como un supercriminal. Simplemente un tipo de los más inferiores de la sociedad, pero absolutamente desprovisto de inteligencia.

—Pero yo no hablo de su inteligencia, señor profesor —insistió Gustav von Flexmann tomando su vaso de vino y bebiendo una generosa ración — : Yo me refiero a su «yo» criminal. Su casi dedicación al crimen, con exclusión de casi cualquier otra actividad.

El profesor doctor Von Daleth sonrió comprensivo.

—Aún es usted muy joven, permítame decírselo. Ese hombre, Smeltz, nació en una auténtica pocilga, hijo de padre borracho y madre sifilítica. ¿Ha estudiado usted las actas del juicio?

—Por encima, señor profesor.

—Léalas, léalas atentamente. A los cinco años padecía ya ataques epilépticos, y recibía brutales palizas de sus padres, que creían de esa forma sacarle los demonios del cuerpo. A los siete años cometió su primer robo: una gallina que devoró sin siquiera cocerla. Continuó después con otros hurtos hasta que a los ocho años golpeó casi hasta matarlo a otro chiquillo para robarle dos «pfenings».

»Cuando tenía diez años, y había sido encarcelado varias veces por sus latrocinios, murió su madre, víctima de una parálisis general causada por su enfermedad. Poco más tarde, su padre falleció de un ataque de delirium tremens. Smeltz quedó solo, y continuó sus robos para poder alimentarse en ocasiones y para beber aguardiente al que se había acostumbrado. A los trece años violó a una muchachita de once y fue enviado a un correccional,

donde estuvo cinco años. Cuando salió de él, se colocó en una turbera para fabricar carbón. Poco después golpeó a uno de sus compañeros de trabajo hasta producirle heridas gravísimas, y huyó.

«Estuvo oculto durante algunos años en Hamburgo, trabajando en los astilleros. Durante una borrachera incendió la casa en que se alojaba (esto lo declararía durante el proceso, aunque en aquella época no se supo quién había sido el incendiario).

»Más tarde violó a una mujer de sesenta años, impedida. Fue detenido y condenado a diez años de cárcel, pero se escapó. Durante su huida mató a dos jovencitas, golpeándolas brutalmente las cabezas entre sí.

Durante dos años permaneció huyendo por los bosques y cometió varios crímenes más. Vivió como un lobo, como un animal salvaje, alimentándose de alimañas y de raíces. Uno de sus crímenes fue asesinar a la mujer de un guardabosques, tras de violarla siete veces en una noche. Mientras mantenía atado a su marido, al que obligó a presenciar el brutal atentado.

—Siete veces —dijo uno de los estudiantes con una risita—. Algunos maridos envidiarían su «dedicación».

—Algunos epilépticos acusan ese mismo priapismo por así llamarlo —respondió el profesor Von Daleth, secamente—. Por último, los campesinos y los guardias forestales consiguieron cazarlo, tras de largas y penosas batidas. Lo hubieran muerto allí mismo, pero el jefe de la policía de la zona lo evitó para que fuera juzgado. Lo fue y el resultado ha sido el que será ahorcado dentro de diez días. Y ahora, señores, ¿dónde está el supercriminal? Aquí tenemos ante nosotros al hijo enfermo de unos padres enfermos, que actúa según sus instintos primarios le dictan, ya que su inteligencia es muy inferior a la normal. Y nada más.

Von Flexmann, la barbilla entre las manos, miraba al fuego abstraídamente. Los demás estudiantes asintieron a las palabras del profesor, pero él no. Von Daleth se dio cuenta.

—¿Qué? ¿Sigue usted sin estar conforme, Gustav?

—¿Cómo? Ah, sí, en cierto modo, señor profesor.

—¿Sólo en cierto modo?

—Sólo, con todos los respetos.

—Veamos, veamos.

—Ese hombre ha vivido según sus instintos primarios, en efecto. Violaciones, robos, asesinatos. Pero la medicina se encuentra aún en mantillas, pese a lo que opinen mis ilustres condiscípulos. ¿Cómo sabemos que no hay muchas personas que sienten los mismos impulsos que él, pero que los reprimen cuidadosamente, debido a las presiones de la sociedad?

—Eso no se debate.

—No, en efecto, pero, yo me pregunto: ¿Y si todos, en un momento dado diéramos suelta a dichos impulsos al mismo tiempo? ¿Qué ocurriría?

—Como jurista le diría que eso sería el fin de la raza humana.

—Tal vez... y tal vez no.

La entrada de Frau profesor Daleth interrumpió la conversación. Todos se pusieron respetuosamente en pie. La esposa del profesor era una mujer de unos treinta años, veinte menos que su marido, y hermosísima. Llevaba el pelo recogido sobre lo alto de la cabeza en un moño de color manteca fresca y sus ojos eran del color azul de la porcelana de Sajonia. Llevaba un vestido que la cubría hasta los pies, pero que apenas disimulaba la perfección de su cuerpo.

—La hora de tu medicina, querido.

Le tendía un vaso de agua, sobre una bandeja de plata, y un frasquito.

—Ah, sí, querida. Mi medicina. Pido perdón, señores.

La tomó. Los ojos de Wenda vagaron ligeramente por la habitación, llena del humo de las pipas y se posaron un instante en el rostro de Gustav von Flexmann. Apenas un segundo. Luego, recogió la bandeja y se dirigió hacia la puerta.

—La cena estará dispuesta dentro de diez minutos —dijo.

—En realidad, la reunión puede darse por terminada —dijo Flexmann poniéndose en pie.

—¿No desea usted continuar con su exposición? —preguntó el profesor.

—Oh, creo que no. Demasiado vino, señor profesor, quizá.

Los estudiantes fueron saliendo, tras besar la mano de Frau Professor y estrechar la de su marido.

Ya en la calle, la fuerte nevada que el viento arrastraba incontinentemente, les hizo levantar los cuellos de sus capotes.

—¿Qué os parecería unos «chops» en la cervecería? —preguntó uno de ellos.

Como aún resultaba temprano, fueron a la «hoffbraus», dos manzanas más allá, inclinándose para contrarrestar la fuerza del viento.

Las rubias y rollizas camareras acarreaban las altas jarras de cerveza de un lado a otro. La sala estaba llena de estudiantes con las gorras de sus diferentes escuelas echadas hacia atrás y de militares que observaban despectivos a los escolares, embutidos en sus uniformes de colores.

—¿Por qué no sigues con tu teoría? —preguntó uno de los estudiantes a Flexmann.

Este movió la cabeza.

—Ese pomposo profesor —respondió—. Para él todo está en su sitio. Un criminal es un criminal y un hombre de bien un hombre de bien. ¿Qué sabe él lo que ocurría, con su vida bien arreglada y reglamentada de lo que pudiera ser, si de pronto comenzasen a trastocarse los valores que cree inmutables? ¿Cómo reaccionaría? Una guerra, un terremoto, una revolución, una epidemia de peste como las de la edad media.

—Se volvería loco, quizá.

—O se adaptaría, quizá, pero, ¿cuáles serían sus reacciones? De todas formas digo que si bien Smeltz no es el supercriminal, ese supercriminal existe, debe existir. Incluso diría —añadió meditabundo—, que podría ser fabricado.

Un coro de carcajadas respondió a sus palabras.

—¡Bromeas!

—¿De qué forma?

—¿Cómo?

—Oh —respondió con igual ensimismamiento, y sin responder a las risas—. Creo que podría hacerse.

—¿Un supercriminal? ¿El criminal por antonomasia?

—Sí, camaradas. Eso mismo.

—Bueno, pues dinos cómo.

—Lo dejaremos para otro día.

No pudieron sacarle una sola palabra más. Bebieron varios «chops», lo que unido al vino que habían tomado en casa del profesor, los embriagó. Cuando salieron de la cervecería, algunos de ellos se tambaleaban, camino del alojamiento estudiantil. Flexmann quedó solo con la compañía de Porteus, al cual llamaban el doctor aún cuando le faltaba un año para terminar la carrera de medicina.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Porteus—. O, ¿hablabas por hablar, simplemente?

—No. Te la explicaré mañana. Aún no he dado forma total a mi idea.

Von Flexmann no vivía en la residencia, sino en una casa propia a la que atendía un criado. Su padre era un riquísimo terrateniente pomerano que no le negaba capricho alguno. Debido a eso llevaba diez años estudiando sin haber terminado la carrera.

Aquella noche pidió al criado una cena ligera y acompañado por una botella de vino se sentó en su despacho para pensar y escribir. Allí estuvo hasta las dos de la mañana, en que se retiró a su dormitorio.

A la mañana siguiente tenía la cabeza pesada. Releyó lo que había escrito y sonriendo, lo rompió. Ahora ya lo sabía de memoria.

La tormenta había amainado algo, pero continuaba nevando. Las calles estaban cubiertas de una capa que los carruajes de caballos hollaban resbalando.

Caminó hasta la casa del profesor, situada cerca del campus de la universidad y se hizo anunciar. La doncella le comunicó que el profesor no estaba.

—Ah, pensé encontrarlo aquí —dijo.

Wenda Deleth apareció en la puerta.

—¿Buscaba a mi marido, herr Von Flexmann? Ha salido.

—Oh, pensé... ¿Sabe si tardará mucho, Frau Professor?

—No lo sé. Si desea usted esperarlo...

—Sólo unos minutos, en todo caso.

Wenda lo hizo pasar a una salita. Luego indicó a la doncella que podía retirarse. Tan pronto estuvieron solos:

—¿Es que está usted loco, Gustav? ¿A qué viene esto?

—Quería verla —respondió él en voz baja—. Necesitaba verla.

—Pero, ¿no se da cuenta de que alguien podría sospechar...?

Usted no piensa sino en sí mismo.

—Eso no es cierto. Pienso en usted continuamente. No duermo, no como apenas y sólo bebo para olvidar sus ojos, y sus labios, que no me pertenecen y...

—¡Calle, loco! ¡No le he dado motivos para pensar...!

Flexmann la contemplaba con mirada hambrienta. Pero su mente estaba perfectamente lúcida. Así que no le había dado motivos, ¿eh? ¿Cómo se llamaría entonces a aquellas miradas fugaces, a aquellos furtivos roces de su mano cuando le servía una copa de vino?

Von Flexmann era un hombre atlético, de mentón voluntarioso y pelo oscuro. Su madre había sido una rusa de gran belleza, que le legó unas largas pestañas y unos ojos hermosos. Las mujeres se lo habían hecho saber muchas veces.

—Claro que me ha dado motivos: solamente con su presencia, con sus ojos, con su voz. Usted me ha hechizado.

La mujer se frotaba las manos nerviosamente.

—¡Usted está loco! Debo rogarle que salga de mi casa.

—Su ruego es una orden para mí, pero lo que no puede hacer es lograr que la olvide, que la recuerde en todo momento.

—Mi marido...

—Su marido es un hombre mayor, Frau Professor. Usted en cambio es una mujer joven y, permítame adivinarlo, ardiente. ¡Sí, lo es usted, no lo niegue!

—Salga inmediatamente de mi casa, loco.

Pero sus ojos desmentían sus palabras. No se atrevía a mirarlo de frente. Gustav von Flexmann adivinó, con su experiencia, que

parte de la batalla estaba ganada.

—Me marchó, sí, y ojalá nunca usted sepa lo que significa pensar a todas horas en una persona, no poder dormir, ni estudiar, anhelando que llegue el momento de poder verla, aunque tan solo sea unos minutos. Ojalá no conozca, no llegue a conocer ese sufrimiento, de amar a alguien que nos odia.

—¡Si no le odio! Pero no puedo seguir escuchándolo. Soy una mujer casada, amo a mi marido...

—¿Lo ama, de veras?

—Lo... respeto.

—Bien, me voy.

Ella le tendió la gorra. Sus dedos se rozaron. Una descarga eléctrica pareció saltar entre ellos. Súbitamente Von Flexmann alargó el brazo y la sujetó por la cintura. Elia trató de resistirse pero el hombre era fuerte y fue atrayéndola hacia él lenta pero seguramente.

—¡Lla... llamaré a los criados! ¡Usted está loco! ¡Suélteme! ¡Llamaré!

Por supuesto, no llamó. Los labios de Flexmann estaban casi junto a los suyos. Pero no llegó a besarla. Sabía perfectamente lo que hacía. La dejaría con la miel cerca pero sin haber llegado a probarla.

—Oh, perdóneme, Wenda —dijo—. He perdido la cabeza, sí. Tiene usted razón en odiarme. Yo... me voy. Y si cree usted que le debo una explicación al señor profesor...

Von Flexmann se había batido dos veces en duelo, una de ellas con un oficial que le insultó y a sus dos enemigos los había herido gravemente. Además, tiraba perfectamente a sable y a pistola.

—¡No, por favor! —protestó ella.

—Sí, es necesario. Si se considera ofendida, debo hablar con el señor profesor.

—¡Se lo prohíbo, Gustav! ¡Un escándalo sería terrible!

—Pero mi deber de hombre de honor...

—¡Por favor!

Y como estaba tan cerca, Gustav no tuvo inconveniente alguno en besar aquellos labios tentadores que se entreabrían horrorizados, y a! mismo tiempo anhelantes.

—Si usted me lo pide...

—Sí. Por favor, váyase, yo... hablaré con usted más tarde.

—¿En mi casa?

—¿Está loco? ¿Cómo podría...?

—Muy sencillo. Usted sabe donde vivo. Aprovechando la tormenta, quizá esta noche., pero créame, estoy decidido a explicarme con el profesor y ponerme a sus órdenes...

Se puso la gorra y se dirigió a la puerta. Ella lo siguió.

—No pensará hacerlo en serio, ¿verdad?

—Si no viene usted a mi casa, y me convence de que no lo haga...

—¡Usted quiere perderme!

Gustav la miró profundamente.

—¿Perderla? —murmuró—. ¿Podría perder lo que no tengo?

Y se lanzó a la nevada. Sonreía.

Encontró a Porteus en su habitación de la residencia, estudiando.

—Bien, querido. Tengo que hablar contigo.

—¿Has pensado ya en cómo fabricar al supercriminal?

—preguntó el otro sonriendo.

—Sí.

—Bien, en ese caso.

—Te lo explicaré. Quisiera demostrar a ese pomposo asno de Daleth que está completamente equivocado. Pero necesitaré tu ayuda.

—¿En qué?

Gustav se sentó y encendió su pipa de porcelana y lanzó unas cuantas bocanadas de humo.

Estuvo hablando durante casi media hora, mientras los ojos de Porteus se iban abriendo cada vez más.

—Pero, ¡eso es...!

—Eso es precisamente lo que pienso y en lo que necesito tu ayuda. Yo sólo no podría.

—¡Estás loco!

—Otra persona me ha dicho eso mismo hace un rato. No, no estoy loco. ¿Se puede hacer o no?

—Pero, ¡eso es tentar a los dioses!

—Los dioses suelen dejarse tentar tranquilamente, todos los días. ¿Vas a ayudarme o no?

—Yo... no lo sé... Tengo que pensarlo.

—Tenemos poco tiempo. Piénsalo hasta mañana y me das tu respuesta. Que espero sea afirmativa, querido.

CAPITULO 2

A las seis de la tarde, y en medio de una intensísima nevada, llamaron a la puerta. Gustav había dado tarde libre al criado. Este, acostumbrado a las aventuras de su señor, se imaginó que esperaba a una mujer.

Era Wenda. Entró, sacudiéndose la nieve de la capota y del abrigo.

—Si alguien me viera... —dijo mientras Gustav cerraba la puerta tras de ella.

—Nadie en su sano juicio saldría una noche como ésta

—respondió el hombre ayudándola a despojarse del gabán de piel. La luz del gas le permitió ver que ella llevaba un vestido de color violeta pálido cerrado en el cuello y suelto en el talle.

—Tengo el té preparado —dijo él haciéndola pasar a la sala.

—No tomaré nada. Vine solo a pedirle, a rogarle que...

—Después del té —respondió él autoritariamente.

—Se lo sirvió, espeso y fuerte. Ella se sentó en el borde de una silla, mientras Gustav se servía otra taza, en la que puso «schnaps».

—Gustav —dijo ella sin mirarle—, esto es una locura. Usted no debe hablar con mi marido. Sería un escándalo. Hundiría su carrera...

—Sí, ya lo sé —respondió Gustav. Ahora pisaba terreno firme—. Pero si usted no accede a mis deseos, hablaré con su esposo. Lo he decidido.

—Pero... ¡eso es un chantaje!

—Sí.

Se aproximó a ella y le tomó una mano. Le quitó el guante y la besó, apasionadamente.

—Wenda, estoy loco por usted y un hombre loco no razona.

Ahora le besaba la muñeca. Wenda cerró los ojos. Un instante después al abrirlos de nuevo, vio que la boca del hombre estaba junto a la suya. Esta vez no intentó siquiera rechazar el beso. Los labios se unieron y la mujer cerró los brazos en torno al cuello de Gustav.

—Usted quiere perderme —murmuró.

—Ganará con ello —fue la respuesta del hombre.

—Accedo porque... por evitar... mayores...

Las manos de Gustav ya estaban perdiéndose bajo las faldas de Frau Professor lo suficiente como para informarse de que la mujer no llevaba corsé. Gustav estuvo a punto de sonreír: Wenda no había querido acorazarse con una prenda que en muchas ocasiones ha salvado virtudes.

Gustav la cogió en sus brazos y la llevó hacia el dormitorio. Ella se soltó y se le quedó mirando.

—Si mi marido, alguien, llegase a enterarse...

—Nadie se enterará. ¿Qué le has dicho a tu marido?

—Nada. Está en su reunión de juristas. Cenará con ellos y no llegará hasta bastante tarde. Pero no puedo permanecer aquí mucho tiempo.

Mientras hablaba, Gustav le iba despojando del vestido, de la enagua, hasta que la mujer quedó en camisa, bajo la que asomaban los pantalones rosados, de suave seda. En efecto, era una mujer esculturalmente formada, de muslos quizá algo gruesos, pero blancos, satinados, perfectos, encerrados en medias caladas.

Como sólo había tenido una hija hacía tres años, y a la niña la criara un ama, su pecho no habla perdido en absoluto la firmeza de la juventud.

Una hora después, mientras permanecían tendidos en el lecho, Gustav se volvió hacia su compañera.

—Supongo que habrás notado el cambio con tu marido —dijo cínicamente.

—Eres un rufián —respondió ella cerrando los ojos—. Has hecho de mí una mujer perdida.

—¿De veras lo crees? Aun en ese caso, ¿te arrepientes?

—De sobra sabes que no, maldito. Y supongo que ahora que has conseguido lo que querías te olvidarás de mí como has hecho con tus otras queridas.

—Ni pensarlo.

Ella le cogió la cara con las manos y le mordió furiosamente en los labios.

—Si lo hicieras sería capaz de matarte —dijo salvajemente—. ¿Cuánto tiempo hace que me deseabas?

—Desde que te vi por primera vez. ¿Y tú a mí?

—Casi. Los hombres como tú, sois un peligro para las mujeres decentes.

—¿Quieres decir que nunca hasta ahora habías engañado a tu marido?

—¡Claro que no! ¿No te digo que era una mujer honrada?"

—Lo cual lamentabas —respondió él abrazándola de nuevo.

Wenda Daleth no comenzó a vestirse hasta las ocho de la noche. Mientras lo hacía, preguntó:

—¿De qué hablabais anoche?

Gustav se lo dijo. Luego, casi inconscientemente, le explicó lo mismo que había relatado a Porteus.

Los ojos de la mujer se fueron abriendo. Un brillo extraño

apareció en las azules pupilas, un brillo turbio, de excitación.

—¿Serías capaz? —preguntó.

—Lo haré. Y Porteus me ayudará.

—Es... es horrible.

Pero no estaba horrorizada. Al caer sus defensas ante los ataques de Gustav, una nueva Wenda había salido a la superficie desde las profundidades en que una vida ordenada, sin excitante alguno la había mantenido constreñida hasta entonces.

—¿Los dos solos? —preguntó.

—No lo sé aún —Gustav que estaba terminando de ponerse los pantalones se le quedó mirando—: ¿Te gustaría tomar parte en ello? —preguntó.

—¿Yo? Pero... ¡qué horror!

—¿Te gustaría o no?

—Yo... no sé cómo podría...

Jadeaba, excitadamente. Se precipitó hacia el hombre, lo abrazó y lo besó ardientemente.

—¿Cuándo volveré a verte? —preguntó.

—Yo te lo haré saber. Y ve pensando en lo que te he dicho.

Tan pronto como la mujer se marchó, Gustav terminó de vestirse y fue a ver a Porteus. Lo encontró en su habitación.

—Bien, ¿has pensado en eso?

—Yo... creo que no haré nada. No deseo verme mezclado en un asunto así.

Gustav se sentó, encendió su pipa y se sirvió un vaso de aguardiente.

—¿No?

—No, definitivamente.

—Bien. En ese caso... trataré de hacerlo yo solo o buscar ayuda en otro lado.

Porteus pareció aliviado.

—Compréndelo, no puedo comprometer mi carrera... Tú lo comprendes, evidentemente.

—Evidentemente. Por cierto, me hallo bastante escaso de dinero. ¿Podrías devolverme el que te he prestado en estos últimos tiempos?

Porteus se turbó.

—Pues... el caso es que no puedo. Tendrás que esperar algún tiempo...

—Lo siento, pero te repito que estoy ahogado. Hace dos meses que mi padre no me envía remesa alguna y...

Porteus había recibido en numerosas ocasiones dinero de Gustav, dinero que éste le había dicho no tenía necesidad inmediata de devolver.

—Pero...

—Son cincuenta marcos, si no recuerdo mal —interrumpió Gustav—. Me gustaría tenerlos mañana mismo. He gastado mucho dinero en bebidas y en queridas.

—¡Mañana! —Porteus estaba aterrado— No puedo, sería absolutamente imposible... Espera al menos un mes...

—En ese caso, querido, me veré obligado a vender tus recibos a un prestamista, el cual te cobrará un cincuenta por ciento más.

La mirada de Gustav era dura, acerada. No estaba hablando en broma. Porteus se restregó las manos frenéticamente. Su frente se perlaba de sudor. Sabía que *no podía* devolver aquella cantidad.

—Y si... ¿y si accediera a lo que me pediste?

—Ah, querido, en ese caso buscaría el dinero en otro lado y tu deuda quedaría...

—¿Aplazada?

—No, *saldada*. No me deberías ya.

Porteus vacilaba, pero sólo un instante.

—Está bien. Lo haré.

—Muy bien, querido. Mañana mismo comenzaremos.

Se puso en pie, se calzó los guantes y se abrochó el capote. A la luz del gas, su cara parecía la de una máscara diabólica.

—¿Quién buscará a la mujer? —preguntó Porteus.

—De eso me encargo yo. Tú arregla las cosas con los de la cárcel.

—Trataré de hacerlo mañana mismo.

—Más vale que lo consigas.

Gustav salió de la residencia. Eran las nueve de la noche. La nieve continuaba cayendo, aunque no hacía ya casi aire. Se dirigió hacia la parte baja de la ciudad, cerca del río. En la Emilestrasse había una taberna donde los marineros, los descargadores, bebían «schnaps» y ginebra baratos. Estaba siempre llena de humo y hedor de cuerpos sin lavar.

Se sentó en una de las mesas, sin quitarse el capote ni la gorra. Pidió aguardiente y esperó unos instantes.

Una mujer corrió a sentarse a su lado, preguntándole si deseaba compañía. Gustav contempló sus dientes podridos, sus pechos flácidos y sus facciones descoloridas.

—No —respondió secamente—. Lárgate.

La mujer se marchó. Otras ocuparon su lugar, pero él las rechazó. Su mirada vagaba por el local. Cerca de él vio a dos individuos harapientos que le contemplaban a hurtadillas. Era muy posible que cuando saliera intentaran asaltarle, pero eso le tenía sin cuidado.

No pudo encontrar lo que buscaba. Pasado un cuarto de hora se puso en pie, pagó y salió. Los dos hombres salieron tras él.

—Os advierto —dijo Gustav blandiendo el bastón—. Si queréis

perder un brazo o una pierna no tenéis más que acercaros más a mí.

Desaparecieron. Gustav prosiguió su camino. Estuvo en otras tres tabernas infructuosamente. Por último entró en la cervecería para quitarse el mal sabor que le había dejado el aguardiente barato, con unos «chops» de cerveza.

Era ya tarde y la mayor parte de los parroquianos habituales se habían ido. Las camareras estaban recogiendo las mesas y limpiándolas.

Gustav pidió la cerveza. Miró a las camareras. Las conocía a todas. Eran bonitas y algunas de ellas bastante fáciles, sobre todo para los oficiales y los estudiantes, pero no le interesaban. Pensaba ya en marcharse a casa cuando la puerta se abrió y una mujer apareció en el umbral.

Era evidente que estaba borracha. Se tambaleaba. Cubría su cabeza con un gorrito de piel y llevaba un abrigo con el cuello de la misma piel.

Una de las camareras se acercó a ella y le dijo algo.

—¿Qué no puedo entrar aquí, pijoosa? —dijo la mujer—. ¿Quién me lo va a impedir, tú? Acércate y te dejó la cara como una criba.

Había alzado la cabeza. Ahora Gustav pudo mirarla mejor. Era joven, seguramente no llegaría a los veinte años, y sus facciones regulares. Pero sus ojos brillaban fieramente.

La camarera retrocedió. Entonces fue el dueño el que se aproximó para intentar echar a la intrusa.

—¿Tú también, cerdo? —preguntó ésta —. Acércate.

En su mano brillaba algo, que Gustav no pudo ver, pero que hizo retroceder al dueño. Varios de los pocos clientes rieron.

—Avisaré a la policía —dijo el dueño, herr Stiller, un poco atemorizado.

—Llámela. Pero antes dame un vaso de aguardiente. Y rápido, cerdo.

Miró a su alrededor vagamente. Distinguió a Gustav.

—Un estudiante —dijo—, ¿Cuánto tiempo llevas sin acostarte con una mujer, escolarcito?

—No mucho —respondió Gustav. Hizo una seña al dueño. Este se le acercó.

—La señora se sentará conmigo —dijo—. Sírvale. Yo pago.

—Pero, herr Von Flexmann, esa mujer está borracha y es peligrosa, tiene unas tijeras en la mano.

—Sírvale. Tú, siéntate aquí conmigo.

—Que se aparte ese cerdo y me sentaré ahí. Y quiero aguardiente.

—Lo tendrás.

—Y un hombre.

—Es posible que también.

La mujer se sentó. En efecto, no era fea. Al desabrocharse el abrigo, Gustav vio que estaba bastante bien formada. Pero había unas sombras azules en torno a sus ojos. En la mano izquierda, en efecto, llevaba unas afiladas tijeras, arma mortal en manos de una mujer que sabe manejarlas.

—¿Pagarás tú, escolar?

—Yo pagaré.

Una de las camareras trajo el aguardiente, que la joven bebió de un solo trago.

—Más. Y tú cerdo, ¿satisfaces a tu esposa, con esa barriga? ¿Cómo te las arreglas para ello?

Herr Stiller huyó. Gustav se echó a reír y la joven volvió hacia él los ojos.

—No creas que tú eres mejor, escolar. Déjame ver tus músculos. Le tocó el brazo.

—Hum, podrías servir, pero he visto hombres muy altos y muy fuertes que luego no servían para nada entre las sábanas.

—¿Cómo te llamas?

—Leni. Pero a veces me llaman de otras maneras muy distintas.

—¿Sí? ¿Cómo, por ejemplo?

Leni soltó una palabra muy fuerte.

—Así me llaman. Porque yo, ¿sabes? No me satisfago con un hombre ni con dos. Necesito más. Todos los que sean.

Gustav ordenó otro vaso de aguardiente. Pero no le dejó que lo bebiera, aunque Leni adelantaba hacia él manos hambrientas.

—Espera un poco. ¿Hace mucho que estás en el oficio?

—¿El oficio? ¿Cuál?

—No seas estúpida. En el de prostituta.

La muchacha sacó las tijeras del bolsillo donde las había metido y le tiró un tajo a la cara. Gustav apenas tuvo tiempo de cogerle la muñeca y sujetársela con fuerza.

—Quieta, maldita gata. Quieta. Conmigo no te valdrán esos juegos.

—Suéltame.

Gustav hizo caer las tijeras y las guardó en el bolsillo de su capote.

Así. ¿Llevas mucho tiempo?

—Comencé a los doce años —respondió ella provocativamente—. Y tengo veintiuno, así que cuenta si quieres.

—¿Y necesitas un hombre a todas horas?

—¡Sí!

—¿Has tenido algún hijo?

—No los quiero. Cuando quedo embarazada ya sé lo que hay que hacer.

Gustav la contemplaba con fija atención.

—Bébetelo. Luego iremos a mi casa. Quiero proponerte algo.

—Lo que todos los hombres proponen, ¿eh? Bueno, por mí, dispuesta, pero si no resultas satisfactorio, me reiré de ti hasta que se me salten las lágrimas.

—No hay problemas. Vamos, bébetelo.

Herr Stiller debía haber enviado a una de las camareras a llamar a la Ley, porque una pareja de *polizei* apareció en la puerta.

—Eh, tú —dijo uno de ellos—. Vas a venir con nosotros.

La señorita está conmigo —respondió Gustav secamente.

—Y usted, ¿quién es?

Gustav sacó su tarjeta. Los agentes se cuadraron con respeto.

—Advertimos al señor que esta mujerzuela es muy peligrosa. Ya ha estado varias veces en la cárcel por agredir a diversas personas. Es una...

Y dijo un nombre difícil de repetir.

—Te rajaré la cara del ojo a la boca si vuelves a repetir eso

—respondió ella.

—Yo me hago cargo, agente. Vámonos.

—Lleve cuidado el señor. En cierta ocasión infligió heridas a un hombre en sus partes...

—No se preocupe. Eso es cosa mía. Vamos, Leni.

Leni se cogió a su brazo y pasó altaneramente ante los policías. En la calle, se tambaleó. Estaba casi embriagada por completo.

Gustav paró un coche que pasaba lentamente y le dijo la dirección de su casa. Cuando llegaron a ella, hizo sentar a la mujer en un sillón.

—Vas a permanecer toda la noche en mi casa.

—Me alegro.

—Pero habrás de responder a unas cuantas preguntas.

—Bueno, pues... ¡comienza!

—¿Ganas mucho dinero?

—No. Apenas. Pero podría ganarlo si quisiera. Tengo todo lo que los hombres necesitan. Y cuando no hay dinero, lo robo o se lo saco a otros.

Hablaba con un acento desgarrado. Evidentemente era de clase muy baja.

—¿Tienes padres?

—No los he conocido. Me crié en un hospicio, pero me escapé de él a los doce años.

—¿Quieres ganar bastante dinero?

—¿Cuánto?

—Digamos que doscientos marcos. Y no te faltarán alimentos.

—¿Qué tengo que hacer para ello?

—Lo sabrás más tarde. Pero durante cierto tiempo tendrás que vivir en un lugar apartado.

—¿Con quién? ¿Contigo?

—O con otros.

—Y, ¿tendré hombres?

—Los que quieras.

—Bueno, si es así... pero me gusta beber y la diversión.

—Tendrás lo que quieras, repito. Todo cuanto quieras.

—Bueno, decidido. Y ahora, ¿nos vamos a la cama?

—Conmigo, no.

—Entonces me voy a buscar a alguien mejor dotado.

—No te moverás de aquí.

Le sirvió un nuevo vaso de aguardiente. Sólo pensar en acostarse con ella le repugnaba. A la bebida le añadió un papelito de opio. Cuando ella se lo tomó, se durmió casi al instante, en el sillón, con la cabeza apoyada en las manos.

Cuando el criado volvió lo envió a buscar a Porteus. Este llegó enseguida. Miró a la mujer con asombro.

—¿La encontraste tan pronto? —preguntó.

—No hagas preguntas necias. Sí, creo que ésta servirá perfectamente.

—Pero, ¿qué harás ahora?

—Llevarla a la casa de Henning.

—¿Al bosque?

—Sí. Henning me dejó sus llaves no volverá hasta el año que viene.

—Sí, ya lo sé. Pero...

—Deja ya de decir «pero». Lo vamos a hacer como yo digo.

—¿Ahora mismo?

—Sí. Alquilarás un coche y lo conduciremos nosotros mismos. Vamos, muévete. Está opiada. Y si es necesario la mantendré así hasta que convenga a nuestros propósitos.

Porteus volvió pronto con el coche. Había tenido que despertar al propietario. Sacaron a la muchacha, la metieron en el carruaje, y el mismo Gustav se puso al pescante, mientras Porteus impedía que la joven se cayese.

Salieron de la ciudad y cabalgaron por la carretera hasta llegar al Mittenwald. Un camino estrecho los llevó, tras una hora de viaje, hasta una casa de piedra y madera, rodeada de una alta valla. Afuera se oía el estremecedor aullido de los lobos, acolchado por la nevada.

Gustav abrió la puerta de la cerca y transportaron a la muchacha hasta la casa. Encendieron las velas y la tendieron en una cama.

—Te quedarás con ella hasta mañana. Yo vendré para traerte todo

lo necesario —ordenó Gustav. Sus ojos brillaban, sus mandíbulas estaban tensas.

—Al menos espero que haya algo de alcohol —respondió Porteus mientras encendía la chimenea. El interior de la casa estaba helado, casi bajo cero.

Había. Bebieron unos tragos y luego Gustav partió de nuevo, solo esta vez.

CAPITULO 3

A la mañana siguiente, tras haber hecho unas compras necesarias, que hizo le cargaran en un coche alquilado, llamó a su criado.

—Böller, necesito que me consiga usted dos hombres robustos, y una mujer a los que no les importe pasar algún tiempo en una casa en el Mittenwald. Han de ser personas discretas, y que estén dispuestas a hacer cualquier cosa que se les mande. Recibirán buena paga, pero si alguno de ellos no cumple, no le daré ni un céntimo y además le buscaré complicaciones. ¿Me ha entendido?

—Claro que sí, señor. ¿Para cuándo?

—Para mañana. Recuérdeles que deberán pasar en el bosque algún tiempo, meses tal vez, pero que no les faltará nada.

—Sí, señor. Perfectamente, señor. Los tendrá.

Luego, Gustav emprendió el camino al bosque. Cuando llegó a la casa oyó gritos y golpes. Abrió y se encontró con una escena espeluznante.

Porteus tenía la cara llena de heridas y un ojo hinchado. En ese momento estaba tendido sobre Leni, sujetándola contra el suelo y tratando de impedir que ella se soltase. Al mismo tiempo, la golpeaba.

—¡Por el amor de Dios, ayúdeme a sujetar a esta bestia!

Gustav avanzó y golpeó la mandíbula de Leni, que escupía y aullaba. La mujer quedó inconsciente.

—Vamos, ácala.

—Ya lo hice, y se soltó. ¡Maldita sea, es una hiena! ¡Me ha mordido y es posible que atrape la rabia!

Ataron fuertemente a Leni y la llevaron a la cama. La joven estaba despeinada, sin lavar y parecía una bruja.

—Mañana habrá aquí dos hombres robustos que te librarán de ella —dijo Gustav.

—¡No puedes ni imaginarte cómo es! Tan pronto como despertó y yo quería hacerle tomar otra opiata, me arrojó el vaso a la cara y me ordenó, ¡me ordenó! que la violase. ¿A esa harpía? Me negué, claro y entonces saltó sobre mí y me hinchó un ojo. Luego quiso escapar. Rompió una silla y trató de clavarme una pata en el pecho. Luego me mordió. Conseguí atarla tras de desmayarla de un golpe y se desató, no sé cómo, pero creo que royendo las cuerdas. ¡Esto no es una mujer, es una bestia del averno!

—Es —dijo Gustav serenamente—, lo que necesitamos, precisamente lo que necesitamos. ¿Te percatas ahora?

—¡Estás loco!

—Tal vez. Ayúdame a sacar del coche todo lo que he traído. Por supuesto habrá que traer mucho más, cuando estén aquí esos dos

hombres.

—¿Es que me vas a dejar solo con ella de nuevo?

—Sí, pero sólo hasta mañana.

—Pero, ¡tengo que gestionar lo de la cárcel!

Gustav lo pensó unos instantes.

—Está bien. Vete tú. Yo me quedaré con la mujer.

Porteus se marchó, satisfecho. La mujer había recobrado el conocimiento. Se quedó mirando a Gustav, que se había sentado a los pies de la cama.

—Maldito marica —dijo—, ¿Por qué me has atado?

—Porque no quiero que hagas conmigo lo que hiciste a mi amigo. Y así permanecerás hasta que me prometas portarte bien.

—Pero, ¿qué diablos quieres de mí?

—Ya lo sabrás a su debido tiempo. Hasta entonces recuerda que recibirás tu dinero y te comprometes a hacer lo que yo te diga. ¿Quieres beber algo?

—Dame aguardiente.

Se lo dio, pero acompañándolo con otra opiata, esta vez bastante fuerte. La mujer se durmió poco después. Estuvo así hasta la caída de la tarde. Gustav le desató las manos para que comiera, lo que hizo con voracidad. Luego, volvió a narcotizarla.

A la mañana siguiente llegó Porteus. Con él venían dos hombres altos, fuertes, de caras impasibles, y una mujer que parecía hermana de ellos. Porteus llevó a Gustav a la sala.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó Gustav.

—Está solucionado. Lo conseguiré. En el mismo momento en que se produzca.

Los ojos de Gustav brillaron.

—Bien, Porteus. Te has portado bien. Pero, ¿no tratarás de engañarme?

Porteus alzó la cabeza.

—No, Gustav. Lo haré como te digo. Pero si tú quieres estar presente...

—Tal vez lo haga.

Gustav se dirigió a los hombres y a la mujer.

—Escuchen todos ustedes. Estarán aquí durante unos meses. Su misión será ocuparse de que la mujer que hay ahí dentro no se marche. ¿Dónde trabajaban ustedes?

—En un manicomio —respondió uno de los hombres.

—Me parece bien. Precisamente esa mujer está ligeramente mal de la cabeza, pero no quiero encerrarla. Ustedes se cuidarán de ella. Harán lo que ella les diga, excepto dejarla salir. Procurarán que coma bien, y que no beba demasiado. Si sufre un ataque, la sujetarán, evitando que pueda hacerse daño, aunque se lo cause a

ustedes. ¿Me van entendiendo?

—Sí, señor. Lo haremos.

—Recibirán una paga espléndida. Les pagaré el triple de lo que ganaban en el manicomio, y tendrán cuanto quieran, comida, bebida y ropa.

—Gracias, señor.

—Y... nadie sabrá lo que han estado haciendo aquí, ¿Lo prometen? No me mientan, porque no lo soporto.

—Nadie lo sabrá, señor. Sabemos tener la lengua quieta.

—Cuando acaben su trabajo aquí, además del sueldo recibirán una buena propina. Pero si hacen exactamente lo que yo les diga. O lo que les diga este señor —señaló a Porteus.

—Sí, señor.

—Y ahora, una cosa. Esa mujer tiene una necesidad imperiosa de hombres. Supongo que ustedes lo son. Al menos lo parecen. Sonrieron conejunamente.

—SS, señor.

—Sien, si ella les pide... lo que necesita, ustedes deberán dárselo.

—Este... sí, señor.

—No es fácil de contentar. A veces *no* tiene medida. Deber de ustedes será complacerla.

Pudo ver una turbia mirada en los ojos de los hombres. Muy bien, ya se vería.

—¿Conformes?

—Sí, señor. Completamente conformes.

—Usted —se dirigió a la mujer—, se ocupará de la ropa y de las necesidades de la señora.

—Sí, señor.

—Quiero verla limpia, lavada y peinada y atendida en todo.

—Sí, señor.

—Yo vendré a menudo. Espero verlo todo a mi entera satisfacción. Alguien vendrá también para proveerles de comida y bebida y cuanto puedan necesitar.

Luego, Porteus y él emprendieron el viaje de regreso.

En su casa le esperaba una nota de Wenda: «¿Cuándo te veré? ¡Tengo que verte!».

Se acercó a casa del profesor. Este lo recibió con su amabilidad acostumbrada.

—Mi querido amigo, quédese y coma con nosotros. Yo tengo que asistir a! claustro después. De esa forma podrá hacer un poco de compañía a la pobre Wenda, a la que a veces abandono un poco, debido a mis ocupaciones.

—Con mucho gusto, herr Professor Docktor.

Durante la comida, los pies de Wenda se extraviaron con

frecuencia, buscando los de Gustav. Cuando el profesor se marchó. Wenda lo cogió del brazo y lo llevó a la sala.

—A ser tan ciego se le llama cerrar los ojos —dijo cínicamente Gustav—, No pretenderás que nos amemos aquí, aunque por mí...

—No, están los criados, amor mío. Pero creo que esta tarde podré ir a tu casa. Quiero saber cómo va vuestro plan.

—Estás interesada, ¿eh?

Los ojos de la mujer brillaban como luciérnagas.

—¡Sí!

Gustav permaneció allí media hora, tomando el té y una copa de coñac. Luego volvió a su casa. Miró el calendario. Quedaban exactamente seis días. Se tumbó en un diván, fumando su pipa, hasta que a las seis, oyó llamar a la puerta.

Era Wenda. Tan pronto como entró se echó en sus brazos.

—Mi marido me ha enviado a un ujier diciéndome que estarán en el claustro hasta las diez. Tenemos dos horas.

—Pues habrá que aprovecharlas —respondió Gustav.

La sentó en el diván, junto a él y comenzó a besarle los hombros, hasta que la mujer, excitada, comenzó a despojarse de sus vestidos.

—Quiero que me hables de eso —dijo, cuando aún no se había quitado la camisa y sus hermosas piernas, enfundadas en seda blanca calada brillaban sobre el diván como si tuvieran luz propia.

—La cosa es muy sencilla —dijo Gustav—, Al menos, en su planteamiento.

—Me dijiste que para crear al supercriminal necesitabas un hombre y una mujer que fueran malos hasta la médula. Hasta ahora tienes al hombre: ese bruto asesino, Smeltz.

—Y tengo también a la mujer.

—¿Sí? ¡Cuéntame! ¡Lo exijo!

Gustav lo hizo. Wenda estaba cada vez más excitada. Tanto que se echó en los brazos de Gustav. Este la apartó ligeramente:

—Déjame que siga.

—Tienes que explicarme exactamente lo que pensáis hacer. Pero... después.

Gustav contempló los espléndidos muslos, entre el final de la media y el comienzo del pantalón.

—De acuerdo.

Poco después, ella se incorporó sobre su codo y lo miró.

—Ahora —exigió.

—Escucha. Cuando ahorcan a un hombre, derrama su simiente.

—¡No lo sabía! ¿Eso ocurre?

—Si. Aquél a quien ahorcan no muere estrangulado, por asfixia,

sino porque el golpe brutal al caer y quedar colgado, separa sus vértebras y rompe la médula espinal. Su semen se derrama. Si alguien recoge ese semen y lo deposita en el seno de una mujer, debería ésta quedar embarazada. Bien, tenemos a un salvaje primitivo como ese Smeltz y tenemos a una mujer podrida también por los vicios, una mujer que exige la presencia constante de los hombres, que bebe, que no ama a nadie, que es, prácticamente, la réplica en hembra de lo que es Smeltz en cuanto a macho. Si los unimos por el medio que te he indicado, ¿qué obtendremos?

—¡El supercriminal! —gritó ella.

—¡Exacto! El hombre sin ninguna de las virtudes de la raza humana. ¡Ha de ser así forzosamente! ¡Tiene que serlo!

Los ojos de Gustav brillaban fanáticamente. Había desenfundado los dientes y su pecho se alzaba y bajaba al influjo de su excitación.

Wenda lo contemplaba con admiración. Pero había algo de temor en sus palabras cuando dijo:

—¿Sabes una cosa? Eres tú, tú quien ha ideado todo eso. ¡Tú sí que serías un buen padre para esa horrible criatura!

Gustav se incorporó, violentamente.

—¿Qué estás diciendo? ¿Yo?

—Era... una broma —respondió ella apartándose ligeramente ante la ira del hombre.

—Más te vale. ¿Cómo ha podido ocurrírsete esa maldita idea?

—No lo sé. ¡No me lo tomes en cuenta!

Luego comenzó a vestirse.

—Tengo que marcharme. ¿Cuándo nos veremos?

—No lo sé. Estoy muy ocupado, como ves.

Estaba nervioso. Apenas le concedió un beso de despedida.

Dos días después fue a la casa del bosque. Los hombres y la mujer lo recibieron.

—¿Bien? —preguntó.

—Pues, sí, señor. Pero esa mujer es un demonio.

—Lo que me interesa es que se encuentre bien.

—Sí, eso sí, señor. Pero... mi compañero y yo nos vemos obligado a... usted me entiende, señor.

—Sigán así. Tendrán una prima especial por esa «dedicación» forzada.

—Gracias, señor.

La mujer dijo que si no fuera por ella, la señora apenas se lavaría pero que ella la mantenía limpia y la obligaba a bañarse.

—Bien —repitió.

Leni estaba sentada ante una ventana, contemplando el paisaje

nevado. Tenía un vaso en la mano.

—Hola, estudiante. ¿Cuándo voy a salir de aquí?

—Aún falta tiempo. ¿Te portas bien?

—Procuro hacerlo lo peor posible. Una noche cogeré unas tijeras y le cortaré la garganta a esos cerdos. ¿Por qué no los substituyes por alguno otro que esté en mejores condiciones?

—Tal vez.

Leni estaba limpia y aseada, debido a los cuidados de la mujer. Pero sus ojos brillaban febrilmente.

Gustav se marchó.

* * *

En el centro del patio de la cárcel se levantaba el cadalso. Hacía un frío polar cuando, al redoble de un tambor, apareció el condenado.

Caminaba primero el alcaide, vestido de ceremonial. Luego un grupo de guardianes que rodeaban al condenado y al sacerdote.

Smeltz era un enorme bruto, cuyo cabello le crecía casi en el entrecejo. Le habían afeitado pero ello no le mejoraba en nada. Caminaba con la cabeza caída sobre el pecho, arrastrando los pies. A veces tenían que ayudarle, y fueron necesarios los esfuerzos de cinco guardianes para hacerle subir la escalera del patíbulo. Rugió una sola vez: «¡Soltadme, perros!».

El verdugo, encapuchado, lo esperaba. El sacerdote murmuraba algo al oído del condenado, que movía la cabeza como un animal. El alcaide miró su reloj.

El verdugo tomó el capuchón verde y se lo puso a Smeltz. Este, con las manos atadas a la espalda, intentó oponerse, pero fue sujetado y obligado a permanecer quieto.

—¿Cuándo? — preguntó Gustav a Porteus. Este, pálido a la luz grisácea del amanecer, movió la cabeza.

—Pronto. No te preocupes, tengo todo preparado.

El verdugo, a una seña del alcaide, colocó la soga en el cuello de Smeltz, con el nudo bajo la oreja izquierda. Luego, con una mano en la palanca que abriría la trampa, esperó.

—¡Que Dios se apiade de tu alma! —dijo el sacerdote.

El alcaide alzó la mano y la bajó. El verdugo movió la palanca y la trampa se abrió bajo los pies del condenado. El cuerpo cayó con un ruido seco y sordo.

Un hombre vestido de negro penetró por uno de los lados del cadalso. Era el médico. Cuando salió, dijo solamente:

«Sí».

El tambor sonó lúgubrementemente y los carceleros, el alcaide y los testigos comenzaron a retirarse.

—Ahora —dijo Porteus.

El verdugo había bajado también. A la tenue luz, Porteus y él penetraron en la cavidad en la que el cuerpo se balanceaba trágicamente.

Gustav los había seguido. Pudo ver cómo Porteus se acercaba al cadáver y hacía algo en sus ropas. Luego, el estudiante de medicina salió. Llevaba algo en la mano, envuelto en franelas calientes.

—Rápido —dijo—. Hay que llevarlo.

Los caballos esperaban en la puerta de la cárcel. Los dos hombres montaron en ellos y espolearon los animales. Unos instantes después salían de la ciudad y tomaban el camino que los llevaría al bosque Mittenwald.

A las puertas de la ciudad les esperaba un carruaje tirado por dos caballos. Dentro, había una forma oscura. El carruaje siguió a los caballos de Porteus y de Gustav, a su misma marcha, guiado por un cochero que espoleaba al tiro.

Sólo tardaron una hora en llegar a la casa del bosque. La puerta de la verja estaba abierta y la de la casa se abrió tan pronto como se oyeron desde el interior clapeteos de herraduras de los caballos.

Gustav y Porteus desmontaron. Del carruaje bajó una figura tapada con una capa, y todos ellos penetraron en el interior, caliente y bien iluminado.

—Rápido —ordenó Porteus—, ¿Le han dado la medicina?

—Sí —dijo la mujer—. Duerme pesadamente.

Todos ellos penetraron en el dormitorio, en procesión.

CAPITULO 4

UN mes más tarde, un mes y medio, exactamente, durante un frío día de principios de febrero, Porteus entró casi violentamente en la casa de Gustav.

Llevaba el pelo revuelto, los ojos asaltados por la emoción.

—¡Ya!

Gustav levantó la mirada del libro que estaba leyendo. Se obligaba a sí mismo a permanecer casi indiferente, pero la misma lentitud de sus movimientos delataba su excitación.

—¿Seguro?

—Bueno, casi seguro. Pero ella me ha asegurado que sus trastornos femeninos siempre fueron tan exactos como un reloj. Y ahora, le han faltado.

—Esperaremos por tanto otro mes. ¿Cómo se porta?

—Parece mucho más tranquila. Se diría... se diría que el embarazo, si es que éste se ha producido, obra benéficamente sobre ella.

—Yo iré a verla tan pronto como pueda.

Porteus lo miró. A medida que el tiempo pasaba, el doctor en ciernes parecía más y más identificado con el experimento, y en cambio, Gustav, más alejado, más indiferente. No había ido más que una sola vez a la casa del bosque.

—¿Acaso no te alegras?

—Claro que sí, hombre, claro que sí. ¿Qué te hace suponer lo contrario?

—No, nada.

Un mes más tarde no había duda alguna. Gustav habló con Wenda, aprovechando que el profesor había ido a Berlín a un congreso.

—Ya está —dijo él—. La cosa va adelante.

Wenda estaba radiante.

—Oh, cuando recuerdo el momento de la fertilización... Nunca pensé que una cosa así pudiera ser llevada a cabo, pero Porteus lo hizo muy bien. Pero... ¿ella lo sabe?

—Sólo que está embarazada. Nada más.

—¿Y qué harás con el hijo cuando nazca?

—No lo he decidido aún.

Un mes más tarde, Gustav hubo de ir a Pomerania, a las fincas de su padre. Este acababa de morir de un ataque al corazón y era necesario hacerse cargo de la herencia. Cuando volvió, habían pasado otros veinte días. Había noticias, y Porteus fue el encargado de comunicárselas.

—¡Esa bruja maldita ha vuelto a sus mañas! ¡Está completamente

loca! Su furor erótico ha reaparecido, e incluso ha estado a punto de matarse. La tienen que vigilar continuamente. Si se apodera de un instrumento cortante, punzante o contundente, trata de emplearlo en los que la rodean. La han encontrado a veces en pie, a la luz de la luna, imprecando, blasfemando y aullando.

Hizo una pausa.

—Gustav, ahora que eres rico, inmensamente rico, ¿no podrías ayudarme?

—Lo haré tan pronto como termine el experimento. No te preocupes, no volverás a pasar necesidades.

—Pero es que necesito urgentemente... Son mis últimos exámenes.

—Está bien.

Le tendió una bolsa repleta de táleros. El médico hizo una breve reverencia.

—¿No vas a ir a verla?

—Sí, pronto.

—Creo que sería mejor que lo hicieras.

Gustav no contestó.

Wenda también tenía sus ideas fijas.

—Ahora que eres rico, ¿por qué no nos casamos?

—¿Qué estás diciendo? ¿V tu marido, su carrera, todo eso? Además, está tu hijita.

—Al diablo con todo. Podríamos huir, marcharnos a algún otro lugar y, ¡al diablo con mi marido y mi hija! No se les iba a hundir el mundo por eso.

Brillaron sus ojos tormentosamente.

—¿Es que no me quieres?

—Oh, sí. Pero no vamos a hacer nada de eso. Encuentro esta situación muy satisfactoria.

—¡Sólo piensas en til

—Lleva cuidado. Una mujer celosa es peligrosa.

—No tienes motivo alguno para sentir celos.

—Pero yo quiero vivir contigo. Eres el único hombre que...

—Bien, ya basta. No.

—¿Sabes —dijo ella despechada— que podría hacerte mucho daño?

—¿Sí? Inténtalo. Más vale que continuemos como estamos. Y esa es mi última palabra. Al menos, hasta que acabe el... experimento. Cuando fue a ver a Leni, halló que la mujer estaba en un estado de excitación horrible. La cuidadora le dijo que devolvía mucho, y que aseguraba tener cosas horribles en el estómago, tales como tarántulas, escorpiones y víboras. Se retorció en la cama y hablaba en un lenguaje absolutamente soez, al cual mezclaba

palabras en una lengua que ninguno de ellos pudo reconocer. Las noches de luna llena aullaba en la ventana, como una loba.

Llegó la primavera, pasó y por último un pesado verano, lluvioso y sofocante. A últimos de julio, Porteus, que había acabado su carrera y que preparaba el doctorado, le dijo a Gustav que el momento se acercaba.

—Tiene un vientre excesivamente grande.

—¿No podrían ser mellizos? —preguntó Gustav.

—He oído un solo corazón, aunque esto no es una prueba. Pero de todas maneras calculo que a mediados de agosto lo sabremos definitivamente.

Wenda se marchó a primeros de agosto con su marido y con su hijita Monni a los baños de Baden, pero exigió de Gustav que le avisase cuando llegase el momento. Quería estar presente y ya encontraría alguna excusa para explicar a su marido el retorno a la ciudad. Se lo hizo prometer.

A mediados de agosto, Gustav le envió un telegrama, firmado por una amiga en la que solicitaba su presencia. El profesor no se preocupó ante lo que supuso una ausencia de un par de días o tres. Sus partidas de «écarté» en el balneario le tenían ocupado casi todo el día.

Cuando Wenda llegó, fue directamente a la casa del bosque. Ya estaban allí reunidos Gustav, los cuidadores y Porteus. En la cama, Leni gritaba pidiendo que la sacasen de allí, mientras roía las sábanas y la almohada.

—¿No podríamos darle un narcótico? —preguntó Gustav.

—No —respondió el médico—. Los dolores han comenzado y ella tiene que ayudar a la naturaleza. De otra manera podría perder a la criatura.

—La criatura... —murmuró Gustav.

Porteus controló los dolores. Cada vez eran menos espaciados.

—Se acerca el momento —anunció.

Porteus hizo señas a los hombres de que se retirasen. Salieron pues todos y él se quedó a solas con la cuidadora y Wenda.

Media hora después se oyó un grito agudísimo, inhumano, un grito que sobresaltó a todos, e hizo huir a los gamos que se habían acercado a la casa para comer las sobras. La tormenta, que llevaba tiempo fraguándose estalló en un trueno horrísimo. Gruesas gotas de lluvia comenzaron a caer.

Gustav se aproximó a la puerta. Esta se abrió y Porteus asomó la cabeza.

—Un niño —dijo con voz neutra—. Es un niño.

—Pero... ¿cómo? ¿Cómo es? —preguntó Gustav.

—Pues... como todos, al parecer. Pero...

—Pero, ¿qué?

—La madre ha muerto. Justo en el momento en que él nacía. Le ha fallado el corazón. He Intentado todo para reanimarla, pero...

—¿Para qué? Bien muerta está —respondió Gustav.

Ese fue el epitafio de Leni, cuyo apellido nadie conoció, jamás porque ni ella misma lo conoció nunca.

Luego, sacó una botella de «champagne».

—Vamos a brindar porque esto sea un éxito.

—Hasta ahora todo ha ido bien —dijo Porteus excitado—. La primera vez, estoy seguro de que es la primera que se hace una inseminación artificial con éxito. ¡V no se ha hecho en un hospital, con los adelantos modernos, sino en una casa, en medio de un bosque y con métodos rudimentarios! ¡Mi obra!

Gustav lo miró sonriente. La luz de petróleo iluminaba sus firmes rasgos dándole la apariencia de una gárgola de iglesia.

—¿Tu obra?

—Bueno, quiero decir... la parte técnica...

—Ustedes —ordenó Gustav—. Entierren el cadáver. Nadie debe saber que una mujer falleció aquí. Luego límpielo todo y váyanse.

Sacó una bolsa de táleros y fue repartiéndola entre ellos. Se inclinaron y dieron las gracias. Luego se alejaron, para enterrar el cuerpo.

Los otros tres brindaron. Luego Gustav pidió ver al niño.

En efecto, era un niño como cualquier otro, con pelo negro, ojitos cerrados y puños apretados.

—Lo extraño es que no ha llorado —dijo Porteus—. Todos los niños lloran al nacer para que se abran sus pulmones, ya que en el vientre materno no han tenido necesidad de respirar. Pero éste ha nacido, ha abierto la boca y ha respirado. Míralo. No duerme, lo cual sería necesario en él.

—Necesitará alimento —dijo Wenda.

—Mañana tendrá una niñera —respondió Gustav.

—¿Qué harás con él?

—Lo llevaré a mi finca en Pomerania.

—Y... ¿te quedarás allí con él? —el tono de ella era cortante.

—No lo sé.

Aprovechando que Porteus había ido a ver cómo enterraban el cuerpo, Wenda se volvió tormentosamente hacia él. El trueno bordoneaba como un contrabajo gigante y las gotas de lluvia caían pesadamente.

—¿Es que quieres separarte de mí?

—No hay más remedio. Aunque tal vez no sea por mucho tiempo.

—¡Te has cansado de mí!

—No digas tonterías. Y, ¿aunque así fuera?

—Te... Me has obligado a ser infiel a mi marido...

—¿Yo? No me costó mucho trabajo, si así fue.

Hizo una pausa.

—Te invitaré a mi finca, a ti y a tu marido y a tu hija. Allí podremos vernos. Eso debe bastarte por el momento.

—¿Y si diese el escándalo?

—Peor para ti. Te quedarías sin el profesor y sin mí. Elige.

—¡Eres un...!

La vuelta de Porteus le hizo callar.

—Ya está —dijo el médico—. La hemos enterrado tan profundamente que las alimañas no podrán descubrir su cadáver. Lo mismo hemos hecho con todas sus ropas. No hay pruebas de que por aquí haya pasado una mujer. Pero a mí me hubiera gustado publicar...

—Inténtalo y serás condenado por asesino o por ocultador

—respondió Gustav fríamente.

—No, si yo...

—No hablemos más. Este asunto ha acabado... aunque comienza el otro.

CAPITULO 5

DEL DIARIO SECRETO DE WENDA DALETH

MI marido, Monni y yo hemos pasado tres días en Falkenberg, en la finca de los Flexmann, en aquellos desolados parajes de la Pomerania oriental.

Tan pronto como llegamos, exigí ver al «niño». Mi marido cree que es el fruto de los amores clandestinos de Gustav con una desconocida. No sé lo que esperaba ver, pero lo que en realidad he visto fue un niño como cualquier otro. Eso sí, tiene unos ojos fijos, de un color pizarra.

Estaba en una cunita, muy quieto. Yo me he sentido defraudada. Es un niño absolutamente normal.

He logrado quedarme sola, tras la cena, con Gustav. Tanto mi hija Monni que a sus tres años se acuesta pronto, como mi marido que dice que los grandes espacios abiertos le dan sueño, se han acostado. Yo he dicho que iba a dar un paseo.

Gustav y yo nos hemos encerrado en un ala de la gran casa de los Flexmann. Después de las primeras efusiones, tanto tiempo esperadas, le he preguntando cómo va «el experimento».

Me ha mirado con sus ojos que nunca puedo olvidar por lejos que esté.

—Muy bien.

—Pero... parece tan normal...

Se encoge de hombros.

—¿Qué esperas? No obstante hay algunos detalles que Porteus dice son extraños. No llora nunca. Ni ríe. Tiene ahora tres meses y ni una sola vez lo hemos visto llorar o sonreír. Eso me anima.

—¿Alguna otra cosa?

—Parece dormir muy poco. Pero además... Hemos tenido que cambiar de niñera. A la primera no le cogía apenas el pecho. A la segunda quise despedirla porque la sorprendí bebiendo. Era una borracha. Pero no la despedí porque encontré que el pequeño bebía con gusto la leche de la nueva. Creo que comienza a gustarle el alcohol. Porteus así lo afirma.

Se me olvidaba consignar que le ha sido puesto el hombre de Loki, el genio del mal.

DIARIO DEL DOCTOR PORTEUS

Loki ha cumplido ya los siete meses. Pero desde dos, le han asomado los dientes. Tan pronto como éstos aparecieron, a los cinco meses, hubo de serle retirada la niñera; el pequeño le mordió los pechos hasta casi arrancarle los pezones. Las otras dos

mujeres que accedieron a criarlo, han sufrido la misma suerte. Gustav ha tenido que pagarles fuertes indemnizaciones. Al final ha sido necesario alimentarlo con biberones. Sigue sin llorar, pero cuando ha comprobado que ya no son seres humanos los que le proporcionan el sustento, ha gritado como una bestia feroz.

Por lo demás se conserva fuerte como un toro. Por cierto que en la leche de cabra con la que le alimentamos, ponemos algunas gotitas de aguardiente. Sólo eso le ha calmado.

Luego, por último se ha acostumbrado y toma siete biberones al día.

He terminado mi tesis y pienso presentarla el próximo curso académico. ¡Tanto como me hubiera gustado hacerla sobre nuestro experimento de inseminación artificial! Pero me he visto constreñido a hacerla sobre un tema bien distinto.

Paso mis días entre nuestra ciudad universitaria y largas estancias en la finca de Gustav. Este apenas si hace algún viaje a Berlín.

DEL DIARIO INTIMO DE WENDA DALETH

Unos días en Falkenberg, aprovechando que mi marido ha tenido que asistir a un congreso en Londres. Gustav me ha recibido un poco fríamente. ¿Será que ya no le gusto? ¿Sería capaz de matarlo! No niego que he tenido alguna que otra aventura extramatrimonial, pero no han pasado de simples episodios. Gustav sigue siendo el hombre que me enloquece y no consentiré que nadie me lo quite. Aunque por el momento no parece haber otra mujer en su vida, pero, ¿no será que la oculta cuidadosamente?

Loki ha comenzado a hacer sus primeros pinitos: tiene ya once meses. Pronto cumplirá el primer año. Es muy callado apenas balbucea, pero ¡esos ojos...! Te mira fijamente, sin sonreír, pero Gustav asegura que en cierta ocasión le ha visto sonreír: fue cuando uno de los criados, castrando un colmenar, se olvidó de ponerse la careta y fue picado cruelmente por docenas de abejas. Entonces, Gustav asegura que le vio reír. Gustav cogió uno de los insectos y se lo puso en la mano a Loki. No fue picado, ni aún cuando apretó el bicho hasta despachurrarlo.

Gustav está cada día más guapo, o al menos me lo parece a mí, pero sus ojos a veces me dan miedo.

No he podido llevar a mi hija Monni, ya que a sus cuatro años podría comentar con su padre que he visitado al tío Gustav. Tengo que llevar cuidado.

Loki ha cumplido su primer año. Anda normalmente, y es curioso: sigue sin llorar aunque se caiga. El otro día se hirió con un clavo de la cerca. La herida le llegó hasta el hueso, ya que era un clavo de considerables dimensiones. No hizo el menor gesto, ni cuando se hirió ni mientras lo curaba. Su carita parecía una máscara. Hay algo más: al día siguiente le vi, con un clavo de parecidas dimensiones en la mano. Tiene un perrillo que lo sigue a todas partes, y Loki estaba hiriéndole con dicho clavo. El perrito aullaba. Cuando iba a quitarle el instrumento, Gustav me detuvo.

—Quieto — me dijo—. Déjale.

Loki atormentó al perrillo, que, cosa extraña, no intentaba huir, hasta casi matarlo. Por último, con el clavo, le saltó un ojo. Gustav parecía encantado, mirándolo.

DEL DIARIO INTIMO DE WENDA DALETH

Gustav me escribe que a los tres años, Loki apenas pronuncia alguna que otra palabra, y todas ellas relacionadas con la alimentación. Al parecer, Gustav y sus criados le dejan que vague por todo el parque y haga lo que quiera. También me dice que ha tenido que indemnizar a un criado porque Loki lo sorprendió durmiendo bajo un árbol y con un palo le golpeó en los dientes y en los ojos.

Mi marido está bastante envejecido, aunque él persiste ridículamente en aparentar una juventud que ya huyó hace muchos años. Tiene gota y mal de piedra. Una batería de pócimas y medicamentos se alinea en su mesilla de noche. ¡Bien podría morirse! Ahora que ha sido nombrado magistrado de la Audiencia y acumula cargos y honores, habla de marchar a vivir a Berlín. Ojalá. Así estaría yo más cerca de

Gustav al que no veo desde hace seis meses. Estoy como loca. Si no lo veo pronto no sé qué haré. Tengo treinta y tres años estoy en la plenitud de mis fuerzas y deseo amar. ¿Y qué me encuentro? Un marido que hace ya años no se acerca a mí. ¡Soy una enfermera para sus achaques! Y allá, lejos, el hombre al que he amado locamente, al que aún amo más locamente aún, dedicado a ver cómo crece un pequeño monstruo, y del que apenas recibí sino unas tristes letras mensuales. Soy capaz de cometer cualquier locura. ¡La haré si esto dura! ¡Lo juro!

DIARIO DEL DOCTOR PORTEUS

Loki ha cumplido los cinco años. Gustav ha dado una fiesta, a la que han asistido los hijos de los criados y de los campesinos. Cuando estuvieron las velas encendidas, le vi hablando con uno de los chiquillos, un pequeño bruto de cabellos de heno y cara de

ardilla. ¿Qué le dijo? No lo sé. Pero el caso es que poco después el muchachuelo colocó uno de sus dedos en la llama de una vela y aún cuando por el aire se esparció un olor acre a carne asada, no lo apartó. Lloraba y gritaba. Su madre se precipitó hacia él para apartarle.

Luego, Loki hizo lo mismo, pero ni una lágrima asomó a sus ojos. Más tarde me enteré de que lo que le había dicho al pequeño campesino era que no le dejaría volver a entrar a jugar con sus juguetes sino metía la mano en la llama.

Curé a Loki. Una quemadura muy grande, pero, que incomprendiblemente, apenas le ha dejado señal. En cuanto al otro niño, ha habido que amputarle el dedo, que se le ha gangrenado. Gustav de nuevo, otra vez, ha tenido que pagar una buena cantidad en concepto de indemnización.

Aquí, junto a estas líneas, pego una fotografía que hemos tomado de Loki, como hacemos todos los años. Los que lean esto alguna vez si es que lo leen, verán que se trata de un niño de pelo negro, ondeado, y de facciones regulares, bellas, diría yo. ¿Quién diría que es hijo de aquel bruto innoble de Smeltz y de la horrible bruja que se llamó Leni? Pero, en realidad, ¿es hijo de ellos o del hombre que concibió cómo había de nacer y cuándo? Porque algunas veces, y de una manera extraña, me parece advertir algo así como un cierto parecido entre ellos, como si existiera algún vínculo de parentesco. Pero ¡no es posible! Yo muy bien sé de quién es hijo ese pequeño. Fue Gustav quien se empeñó en llamarle Loki, el genio del mal en nuestra mitología nórdica.

Y creo que no anduvo descaminado. Cuando contemplo, sin impedirlo, ya que Gustav ha prohibido que se le riña siquiera, cómo arranca las patas a los escarabajos y a las arañas, cómo saca los ojos a los pájaros que sus pequeños amigos le traen, cómo mete avispas bajo las campanas de los alimentos para que piquen a los criados, cómo... No hay bastante papel para contar lo que Gustav llama sus infantiles travesuras. Hay solamente dos personas a las que no hace objeto de daño, y son Gustav y yo. Ignoro por qué, pero siempre, cuando me acuesto en mi cama, observo con cierto temor las sábanas, no se le vaya a haber ocurrido meter entre ellas algún repugnante bicho.

Su última «travesura» fue prender fuego a un pajar bajo el cual se había alojado un vagabundo. Nadie ha reclamado el cuerpo y hemos procurado echar tierra al asunto, pero nada agradable era ver lo que quedó del viejo mendigo.

Los campesinos han comenzado hace ya tiempo a sospechar que algo raro ocurre con Loki. Prohíben a sus hijos que vayan a la Gran Casa para jugar con él, pero los pequeñuelos, acuden a él lo mismo que la polilla acude a la llama. Algunos de estos palurdos han llegado

a marcharse de la región. Loki reina sobre sus compañeritos como el rey sobre sus súbditos.

¿No habremos estado jugando a ser dioses y los dioses nos han castigado? A veces tengo mis dudas sobre ello.

DEL DIARIO INTIMO DE WENDA DALETH

He dicho a mi marido que iba a Berlín para comprar ropa a Monni, y en efecto, he pasado dos días en la capital de Brandemburgo. Desde allí he escrito unas líneas a mi marido advirtiéndole que me acercaba a Falkenberg. ¡Que sospeche si quiere! Aunque está tan preocupado con su gota y con sus riñones que yo creo que ni tiempo le queda para sospechar de mí.

Gustav me ha recibido esta vez sin frialdad ninguna. Por el contrario, hemos pasado una noche inolvidable. Sé que a mis treinta y siete años sigo siendo una mujer deseable y me ha dado buenas pruebas de ello. Le he propuesto de nuevo que unamos nuestros destinos, pero me ha respondido que no, de nuevo. Yo sé que mi marido no durará mucho, y no quiero pasar más años separada del hombre a! que amo, pero él se niega siempre. ¿Por qué? No me da razones, pero se niega. Si al menos pudiéramos vernos más frecuentemente...

Loki ha cumplido ocho años. Es un niño de una belleza extraña, teniendo en cuenta sus antecedentes. Pero al mismo tiempo... Me he estremecido al oír ciertas cosas y verle hacer otras. Conmigo se ha portado amablemente, pero sobre todo ha dedicado sus atenciones a Monni. Mi hija tiene once años y desde el primer momento ha demostrado una repulsión bien marcada hacia Loki. En cambio éste la sigue a todas partes y le trae regalos, algunos de ellos de una extraordinaria originalidad y contruidos por él, como por ejemplo una flauta de madera, labrada a navaja en la que toca melodías extrañas. Parece tener una gran disposición para la música y la pintura. Monni se ha negado a aceptarle la flauta y esto le ha provocado un acceso de furor, en el transcurso del cual ha destrozado un cantero de flores por el que mi hija había demostrado interés.

—Este niño es un bruto y no quiero saber nada de él —me ha dicho Monni cuando la acostaba—. Lo odio.

A la mañana siguiente ya estaba Loki tras de ella, pero Monni le ha rechazado sistemáticamente. Eso ha provocado nuevas explosiones en Loki, el cual ha golpeado a uno de sus pequeños amigos de una manera cruel y brutal. Me han contado cosas ciertamente horribles de él. Gustav al relatármelas, se reía. Me ha dicho que pronto le pondrá algunos preceptores aunque no sabe cómo va a tomarlo el pequeño diablo.

Yo tampoco. Pero al menos he estado de nuevo entre los brazos de Gustav y me he sentido desfallecer de amor por él. Eso bien vale el viaje.

Cuando nos marchamos ya en el coche, Monni me dijo:

—No quiero volver a ver a ese niño, mamá. Nunca más.

No he sabido qué contestarle, pero cuando vuelva a Falkenberg no la traeré. Había en su tono un rechazo absoluto.

Gustav me escribe que Loki no hace más que preguntar por Monni. Parece haberle causado una impresión extraña.

DIARIO DEL DOCTOR PORTEUS

Loki ha cumplido los quince años. Hacía casi dos que no lo veía. Se ha convertido en un hermoso muchacho, de espigada estatura. Contrariamente a lo que se esperaba, aceptó a sus preceptores sin demostrar ninguna de las prevenciones contra ellos que esperábamos. Eso sí, Gustav les advirtió seriamente, enérgicamente, que sólo esperaba de ellos que enseñasen a Loki, pero que jamás, jamás, trataran de influir en su carácter.

Loki, es un muchacho muy inteligente. Casi desde los doce años ha cesado de cometer lo que su padre adoptivo llamaba «naturales travesuras». Se ha convertido en un muchacho tranquilo y reflexivo, con notables condiciones musicales y artísticas; aunque también destaca en otras materias. Suele dar larguísimos paseos a caballo, al final de los cuales, eso sí, las monturas aparecen exhaustas y sudorosas, mientras los ojos del jinete, ojos oscuros, sombreados de largas pestañas, brillan de una manera que no sé clasificar. Aprovechando que he asistido a las conferencias del doctor Freud, en Viena, ese hombre que está revolucionando la medicina mental, he tratado de psicoanalizar a Loki, con el permiso, naturalmente de Gustav,

Me he encontrado ante una muralla. No he podido penetrar en ella ni siquiera a través de sus sueños. Yo diría que esa muralla es «voluntaria», aunque me extraña en un muchacho tan joven. Parece incluso adivinarme los pensamientos.

Gustav, al menos me lo ha parecido así, está decepcionado.

—No parece el mismo — me ha dicho mientras vaciábamos una botella de buen vino—. No, no parece el mismo que hasta los doce años. ¿Tal vez ha fallado el experimento? Mucho me temo que sí.

He notado que las relaciones entre ambos son tirantes. Como si Gustav lo despreciase por haberlo defraudado. Hace lo que nunca hizo: ordenarle cosas y obligarle a hacer otras. Loki obedece. ¿Habría, en efecto, fracasado nuestro experimento?

Como ya dije, el juez profesor doctor Daleth falleció hace tres

años. Yo esperaba que su viuda se apresurase a buscar una unión con Gustav, pero nada de eso ha ocurrido. ¿O no me he enterado? El caso es que Wenda continúa viviendo en nuestra ciudad, en compañía de su hija, que se ha convertido en una mujer tan bella como su madre. Y eso que la madre es aún una dama de una belleza turbadora, pese a sus cuarenta y cuatro años. Yo mismo he pensado a veces en ofrecirme como candidato a su mano, pero tengo la casi seguridad de que sería rechazado.

DEL DIARIO INTIMO DE WENDA VIUDA DE DALETH

Creo que ya me he resignado. Gustav jamás se casará conmigo. Sólo vive para su experimento y para ver lo que saldrá de él. Que por cierto, creo según me dice Porteus, ha resultado un fracaso. He intentado que Monni, a la que he presentado en sociedad vaya conmigo a Flakenberg, pero se

ha negado en redondo. No quiere ver al pequeño monstruo, como lo llamaba cuando era pequeña. Por ahora, miro a mi alrededor para ver qué partido me parece más prometedor para ella. Hay varios jóvenes y brillantes abogados, oficiales e ingenieros que rondan mi casa, atraídos por la belleza de mi hija, pero la cuestión es saber elegir acertadamente.

DEL «MORGENBLATT» (Notas de sociedad)

Nos complacemos en comunicar a nuestros lectores el enlace de la bellísima señorita Monni Daleth hija del llorado juez de la Audiencia y Profesor doctor Basilius Daleth, con el prometedor abogado Heinrich Wöller. La novia, que lucía un maravilloso vestido blanco, creado especialmente para ella en París, estaba amadrinada por su madre la señora viuda del profesor y el novio por su padre, el magistrado del Tribunal Supremo...

CAPITULO 6

EL joven dejó el caballo en manos del palafrenero y penetró en la casa. Era alto, delgado, pero de anchos hombros y cabello oscuro y ondeado. Los ojos de color azul pizarra, rodeados de largas pestañas.

—Su padre desea verlo, señor —dijo el criado.

Loki penetró en la biblioteca. Tras de la gran mesa de despacho, su padre leía un periódico. Había ya bastantes hebras de plata en sus cabellos antiguamente rubios, y llevaba una corta barba.

—¿Deseabas algo? —preguntó.

Gustav levantó la mirada y la fijó en Loki.

—Toma, lee esto.

Le tendió el periódico, doblado. Había una nota recuadrada con tinta roja.

Loki la leyó atentamente. Luego apretó el periódico entre sus dedos. Por último lo devolvió a su padre.

—¿Qué te parece? —preguntó Gustav.

—Tú has tenido la culpa.

—¿Yo? ¿Es que acaso he hecho yo algo para ayudar a esa boda? ¿Sabes siquiera de lo que hablas?

—Lo que hiciste fue no dejarme ir a Heidelberg, cuando te lo pedí. Si yo hubiera estado allí. Monni no se hubiera casado.

Gustav abrió la boca en una amplia sonrisa que a poco se transformó en risa sarcástica.

—Pobre diablo. ¿Crees que tú hubieras podido impedir esa boda?

—Sí.

—¿Cómo?

—Yo sé cómo. Pero tú me lo impediste. No quisiste que saliera de aquí.

—Bien, la cosa ya no tiene remedio.

—Sí.

—¿Qué diablos estás diciendo?

—Todavía tiene remedio.

—¿Cuál?

—Yendo yo allí.

—¿Y qué harías, pobre diablo?

—Eso es cuenta mía.

—Y mía. No irás. Te quedarás aquí.

—¿Y si me marchase?

—¿Sin dinero?

—Tú me lo darías.

—Ni lo pienses.

Loki lo miraba fijamente.

—¿No me lo darás?

—Ni un céntimo.

Loki dio media vuelta y se dirigió a la puerta. Gustav lo contempló despectivamente. Luego volvió a coger el periódico.

A la mañana siguiente, mientras desayunaban, Loki dijo:

—Uno de los guardabosques ha visto las huellas de un oso. Voy a tratar de cazarlo. ¿No te gustaría acompañarme? Debe ser el que ha desvalijado las colmenas la semana pasada.

Gustav se encogió de hombros, pero sus ojos adquirieron un nuevo brillo. Le gustaba la caza.

—Bien. Podemos hacerlo esta misma mañana. Avisa al guardabosques para que nos acompañe.

—¿Para un solo oso tres personas? Padre, creo que envejeces.

—¿Yo? Puedo derribar cualquier oso. En cambio, tú...

—Bien, pues entonces, ¿para qué necesitamos a nadie? Vamos.

El gran bosque de abedules, castaños y hayas se abrió ante ellos. A partir del colmenar, dieron varias vueltas, a caballo, hasta que encontraron las huellas del plantígrado, unas huellas enormes. Comenzaron a seguirlas.

Loki se separó de su padre, indicándole que continuara por la derecha. En cuanto lo perdió de vista, espoleó su caballo y se internó en un macizo espeso. Un kilómetro más allá se detuvo. Acababa de oír un bronco sonido, como una tos profunda.

Hizo ruido con los pies en los montones de hojas caídas. Al instante, la tos se hizo más agitada. Luego, vio al animal, que asomaba el morro tras del tronco de un haya.

El caballo lanzó un relincho asustado, pero Loki lo sujetó con mano firme. Luego, sacó el revólver del arzón y disparó contra la bestia. La hirió en el lomo.

El oso, enorme macho, lanzó un gáñido y se precipitó hacia adelante como una catapulta.

Loki hizo girar a su caballo y lo espoleó, pero no tanto como para que se separase demasiado de la bestia herida. Esta lo persiguió, sin dejar de resoplar.

—¡Aquí padre! ¡Lo tengo! —gritó Loki agudamente. Por si acaso no había sido oído, cogió la trompa de caza del arzón y dio los dos largos toques, señal de haber encontrado la pieza. Todo ello sin dejar de hacer corvetas con su caballo por entre los troncos de los árboles. No quería cansar a la bestia demasiado. Esta, con la fijeza de su especie cuando ha sido herida, lo perseguía incansable.

Loki escuchó la trompa de su padre, que se acercaba. Sonrió abiertamente y lanzó a su caballo al galope. El oso lo siguió.

Cuando Gustav llegó a un claro del bosque, lo primero que vio

fue la enorme masa del plantígrado que se le echaba encima. Su caballo se encabritó y lo tiró al suelo. Allí fue donde el oso lo encontró.

Gustav no tuvo tiempo siquiera de disparar su arma. Los brazos del animal lo cogieron en una presa de acero y lo estrecharon contra sí. Loki, al borde del claro, contemplaba la escena. Casi podía escuchar desde su puesto el sonido de los huesos al romperse y atravesar las carnes.

Cuando Loki disparó su escopeta, directamente al corazón de la bestia, por debajo de su brazo derecho, Gustav estaba listo ya.

Loki esperó hasta que el oso pataleó por última vez y luego se acercó. De la boca de Gustav manaba un chorro de sangre que se mezclaba a la del animal. Tenía el pecho aplastado y el esternón salía por entre la carne destrozada.

Miró a Loki con ojos vidriosos e intentó hablar, pero la sangre se lo impidió.

—Buen viaje, padre —dijo Loki—, ¡Que ardas en el infierno!

¿Le oyó el moribundo? Imposible saberlo. Cerró los ojos y murió.

Loki galopó hasta que encontró al primer guardabosques y le contó cómo un oso herido había atacado a su padre, y cómo él había acabado con el oso. Los guardabosques lo siguieron y recogieron el cuerpo de su señor, para trasladarlo a la casa.

Fue enterrado dos días después, con la presencia de todos los terratenientes y nobles de la comarca.

Tan pronto como cerraron el mausoleo, el notario se encerró con Loki en la biblioteca de la casa. Llevaba un gran portafolios en la mano.

De él sacó el testamento de Gustav von Flexmann. Lo leyó, mientras Loki lo contemplaba con mirada indiferente.

—Bien —dijo por último el notario—. Como sin duda usted sabrá, es usted hijo adoptivo del difunto Von Flexmann.

—¿Adoptivo? —preguntó Loki—. Lo ignoraba. Jamás me lo dijo.

—Así es pero al haber fallecido sin hijos y no haber otros herederos, es usted el legatario universal de todos los bienes del difunto.

—Gracias. ¿Es mucho dinero? Supongo que sí.

El notario asintió y comenzó a enhebrar cantidades en metálico, tierras de labor, bosques, lagos de pesca, etc. Loki lo escuchó con la misma atención.

—Gracias —dijo cuando el otro terminó.

—Supongo que tal vez desee usted que sigamos ocupándonos de los negocios de su padre adoptivo.

Loki movió la cabeza negativamente.

—Yo mismo me ocuparé de ellos — respondió.

El notario pareció ligeramente molesto.

—Si no tiene usted confianza en mi despacho...

—No la tengo en nadie. Yo mismo me haré cargo, de todos los asuntos.

—¿Se considera suficientemente... capacitado...?

—Tanto como usted. Creo que eso es todo. Entrégume todos esos documentos y descuenta sus honorarios.

No dijo una sola palabra más. Pero dos días más tarde, y provisto de letras de cambio y dinero en efectivo, dejó Falkenberg.

Dos días más tarde estaba en Heidelberg. Lo primero que hizo fue alquilar una casa soberbia a orillas del Neckar y cerca de la Universidad.

Tan pronto estuvo instalado, buscó al doctor Porteus y lo encontró en la Facultad de Medicina, donde detentaba una cátedra. El médico se asombró al verlo.

—¿Cómo? Tu padre te ha permitido...

—Mi padre ha muerto. Un oso lo mató durante una cacería.

—¡Oh!, ¿cómo no me has avisado?

—¿Para qué?

—Hubiera ido al entierro... Mi amigo más antiguo y más íntimo... Era tu obligación.

Loki clavó en él su mirada azul pizarra. El doctor Porteus comenzó a balbucear.

—Escuche —dijo Loki—, ¿Por qué no me dijeron nunca que no era hijo de ese hombre?

—¿Que no...? No sé... Tal vez Gustav quiso que crecieses como su verdadero hijo.

—Pero no lo era. ¿Quiénes fueron mis padres?

—Yo... no lo sé. Un día Gustav te adoptó, pero no conozco... bien las condiciones en que lo hizo ni por qué... lo hizo.

—Usted está mintiendo, doctor Porteus. Pero no importa. Me lo dirá. Ya lo creo que me lo dirá. Y no es que importe demasiado quiénes fueron mis padres, pero no me gusta que me engañen.

Se puso en pie. Se apoyó en la mesa con ambas manos.

—Un día me lo dirá, Porteus. Entre los papeles de mi padre... de ese hombre he encontrado pagarés por bastante dinero. Usted firmó esos pagarés. ¿Cuándo piensa hacerlos efectivos? Ahora soy yo el dueño.

—Pues... no lo sé... una deuda tan antigua... El me dijo que me la perdonaba...

—¿Por qué?

—Porque éramos amigos y... yo la considero saldada.

—Yo no. Hablaremos de eso, Porteus.

Salió de la facultad. Su acto siguiente fue hacerse anunciar en la casa de la viuda de Von Daleth. El criado le respondió que la señora no estaba. Loki dejó su tarjeta.

Al día siguiente, un criado le llevó la respuesta. La viuda lo recibiría a las cuatro de la tarde.

Encontró a Wenda en su saloncito. Era una mujer de cincuenta años, pero perfectamente conservada. Había algunas canas en sus cabellos rubios, pero su cuerpo se mantenía aún lozano.

—¡Loki!

Se dirigió a él con los brazos extendidos. Loki no se movió para responder a la efusión, y los brazos de la mujer cayeron a sus costados.

—¿Y tu padre?

—¿Tampoco lo sabe? Ha muerto. Un oso lo mató durante una cacería.

—¿Quéee?

—Ya me ha oído. Un oso lo mató.

La mujer retrocedió ciegamente y se dejó caer en una meridiana. Sus hermosos ojos estaban muy abiertos.

—Y nadie me ha avisado...

—¿Para qué?

Loki se acercó a ella y se sentó a su lado.

—¿Qué había entre Gustav y usted?

Ella reaccionó débilmente.

—¿Qué quieres decir?

—Eran amantes, ¿verdad? Bien, no es necesario que conteste. Lo sé. Yo les oí. Les espí cuando estaban en Falkenberg. Podría contarle lo que se decían y lo que hacían. Con todo detalle. Podría contárselo a usted y... a todo el que quisiera oírme.

—Tú... ¡tú estás loco! No te consiento...

—Me consentirá cuanto yo quiera que me consienta.

—¡Vete de mi casa!

—¿Habla en serio? Muy bien. Todo el mundo sabrá mañana mismo que usted era infiel a su marido. Con todos los detalles, repito. ¿Recuerda, por ejemplo cuando en una visita, usted y Gustav...

Sin bajar la voz le relató los detalles. Ella se llevó las manos a la cara, enrojecida.

—¡Basta! ¡Basta, por favor! Pero, ¿qué es lo que quieres?

—¿Por qué ha dejado casar a Monni con ese hombre?

—Pero, ¿qué tiene que ver Monni?

—Yo la quería. La quiero aún. Y usted ha permitido que se casara con otro. La ha arrojado a los brazos de otro. Por ello tendrá usted que pagar.

—Pero... yo no he...

—Usted, sí.

Los ojos azul pizarra la miraban fijamente. Había en ellos un brillo que hizo estremecer a la mujer. No eran los ojos de un loco, no, sino los de... un diablo, le pareció.

—Bien, eso está ya hecho —dijo ella—. ¿Qué quieres entonces de mí? ¿Deshonrarme públicamente?

—No lo he decidido aún. Depende de lo que usted haga por mí.

—¿Qué quieres que haga?

—Desnúdate, Wenda.

—¡Qué!

—Quiero saber, en principio, lo que Gustav veía en ti.

Wenda sintió que un calor insoportable le ascendía al cuello y al rostro.

—Pero... ¡estás loco! ¿Cómo voy a...? Aquí, en el salón, con los criados ahí afuera...

—Sí, aquí mismo y ahora. Si quieres no tienes más que echar el cerrojo. Pero ha de ser aquí y ahora. Hazlo. De lo contrario, mañana mismo toda la Universidad conocerá que usted y mi padre... Y la echarán de todos los círculos sociales. Elija.

Los impulsos amorosos de Wenda se habían mitigado con los años, pero no habían desaparecido del todo. No fueron ellos, no obstante, sino el temor lo que le obligó a llegarse a la puerta, cerrar el pestillo y comenzar a quitarse el vestido. Sentado en la meridiana, Loki la contemplaba con una sonrisa que torcía su boca.

Un último pudor la hizo pararse en pantalones y camisa.

—He dicho *todo* —repitió el muchacho.

El cuerpo de Wenda no había sufrido mucho el asalto de los años. Se conservaba aún firme, sin más que un cierto mayor grosor en sus caderas y cintura. Pero muchos hombres hubieran dado cualquier cosa por poder contemplarla como estaba ahora.

—Siéntate aquí —dijo él.

Lo hizo.

—¿Es que... quieres hacerme el amor?

—¿Tendrías inconveniente? —le puso una mano sobre el pecho y comenzó a acariciarla. Ella sintió reavivarse antiguas experiencias. Cerró los ojos, esperando que él la tomase.

Y de pronto, una risa casi demoníaca, una risa que chirriaba. Abrió los párpados, aterrada. El, echado hacia atrás, reía.

—¿De veras has creído que iba a acostarme con una vieja vaca como tú habiendo tantas jóvenes hermosas y dispuestas? Puedes vestirme. Aún sigo sin saber lo que Gustav pudo ver en ti.

Ciega por las lágrimas de humillación, la mujer recogió su ropa y

comenzó a vestirse. Cuando terminó, quitó el cerrojo a la puerta.

—Puedes irte —dijo.

—Cuando yo lo decida. Ahora quiero saber dónde vive Monny y su... marido.

—¿Para qué quieres saberlo? Hiéreme a mí si quieres. Puedes hacerlo, pero deja a mi hija tranquila. Ama a su marido y es feliz con él.

—¿Dónde vive?

—Te prohíbo...

—Tú no puedes prohibirme nada. Vamos, dime donde vive. Mejor aún, tú me llevarás a su casa.

—¡No!

—Mañana mismo, si es que viven en esta ciudad. No intentes engañarme. Yo me enteraré, pero quiero que seas tú quien me introduzcas en su casa. Es una especie de castigo por haberla llevado al matrimonio.

Se puso en pie. Mientras se ponía los guantes, añadió:

—Mañana mismo. No lo olvides. Vendré aquí por la mañana. Y ya deberás tener decidido el día en que me vas a introducir en su casa.

De súbito, todos sus rasgos cambiaron. Fue como si se hubiesen deshecho, para rehacerse luego en otra cara. Una cara que casi no parecía humana.

—¿Lo oyes, zorra? Esa será la primera parte del pago que voy a exigir de ti. No me respondas. La segunda parte serán unas cuantas preguntas que quiero hacerte. Pero esas pueden esperar.

Wenda retrocedió aterrada. Loki se apoyó en la chimenea y cerró los ojos. Cuando los abrió, su cara había recobrado los rasgos habituales.

—Hasta mañana —dijo.

CAPÍTULO 7

LOS Wöller vivían en una casa nueva, a orillas del río, una verdadera mansión, de tres pisos. Cuando Wenda von Daleth y Loki llegaron a ella, fueron recibidos por un criado, que los pasó a una salita.

Wenda miró a Loki a hurtadillas. El semblante de éste se mantenía absolutamente impassible.

Monni apareció en el umbral. Era una espléndida mujer de veintitrés años, muy parecida a su madre cuando ésta era joven. Tenía el pelo muy rubio y los ojos color miosotis. Apenas había en su rostro rasgo alguno que recordase a su padre.

—Mamá, ¿por qué no me has avisado...? —se detuvo al ver a Loki.

—Hola, Monni —dijo éste—, ¿Te acuerdas de mí?

—Su padre ha muerto en una cacería y él ha creído deber suyo visitarnos... —comenzó precipitadamente Wenda. Tartamudeaba ligeramente.

—¿Loki? —preguntó ella —. Pero...

—¿No te alegras de verme, Monni?

—Pues... ha sido una sorpresa...

En su rostro se había pintado una ligera expresión de desagrado.

—Bien, supongo que querréis tomar el té. Mi marido no está. Se encuentra en su despacho.

—Tiempo tendré de conocerle —respondió Loki cortésmente.

—Mamá, si quieres venir un momento... Hay algo que deseo enseñarte.

Era una clara falta de cortesía, pero Loki no pareció advertirlo. Las dos mujeres salieron.

—Pero mamá, ¿por qué no me has avisado? Sabes bien que no puedo ver a ese... a ese hombre.

—Hija, pensé que al ser antiguos amigos...

—Nunca fui amiga de él. Procura que corte su visita y no vuelvas a traerlo a mi casa. Recíbelo tú si quieres, pero yo, no.

—Hija... —Wenda tragó saliva.

—Eso es todo, mamá. Si es necesario seré grosera con él. No quiero que vuelva a mi casa. Nunca me gustó, ni su padre tampoco.

—Por favor hija...

Monni le volvió la espalda y volvió a entrar en el salón. Loki se puso en pie.

—Como veo que estáis ocupadas, puedo volver en cualquier otro momento —dijo.

—Recibimos muy poco —respondió Monni.

—Oh, no formalmente. Al fin y al cabo, no soy un desconocido. Monni abrió la boca para hablar, pero la cerró, de nuevo. Hubo un silencio violento, pero Loki no pareció notarlo siquiera. Miraba a Monni con atención.

—¿Sabes que eres una mujer muy bella? —preguntó de pronto.

—Y casada —respondió ella instantáneamente.

—Ello no te resta un ápice de hermosura. Tu marido ha sido un hombre de mucha suerte.

—Tal vez la suerte haya sido mía. Heinrich es un hombre de gran valía.

—Abogado, ¿no es así? Precisamente yo tal vez necesite un buen abogado para ocuparse de mis negocios.

—Heinrich tiene ocupado todo su tiempo. No creo que pueda hacerse cargo de ninguno más.

Wenda lanzó una mirada a su hija, y Loki la captó. Era evidente que la última afirmación de la joven no era exacta.

—Bien —dijo Monni—. Lo lamento, pero tengo muchas cosas que hacer. Me perdonas, ¿verdad?

Loki se puso en pie.

—Por supuesto. Volveré en otro momento, para conocer a tu marido.

Cuando salió, había una arruga en su frente.

DEL «MORGENBLATT»

En la noche de ayer, la policía, avisada por los vecinos, penetró en la casa n° 25 de la Jakobstrasse. Dichos vecinos habían informado de que en la citada casa se habían oído gritos agudos y que desde las ventanas habían sido arrojados a la vía pública diversos objetos, como botellas, etc. La policía encontró en la casa a varias personas, una de las cuales era una muchacha, ya conocida en los medios policíacos por su mala vida. La habían apaleado fuertemente y roto varios huesos. El dueño de la casa agredió a los agentes con un látigo. Se trata de Loki von Flexmann, instalado hace poco en nuestra ciudad. Fue detenido, al igual que todos los demás que se encontraban en la morada. La joven, conocida por Ilse «La Loca», fue trasladada al hospital.

DEL «MORGENBLATT», DOS DIAS DESPUES

Tras el pago de una fuerte fianza, ha sido puesto en libertad Loki von Flexmann, el hombre en cuya casa irrumpió la policía hace dos días. No se ha presentado ninguna denuncia contra él, ni por parte de Ilse «La Loca», conocida por sus actividades contra la moral, ni por parte de ninguno de los que estaban en la casa de dicha persona. Se rumorea que Loki von Flexmann (aunque no

podemos asegurarlo por falta de pruebas), ha pagado generosamente los daños causados. El abogado defensor ha sido el conocido y prometedor jurista Docktor Keinrich Wöller.

DEL «MORGENBLATT», QUINCE DIAS DESPUES

El cadáver de un desconocido ha aparecido en las aguas del Neckar esta madrugada. Se hallaba totalmente destrozado a causa de las heridas producidas por instrumentos contundentes y cortantes. La policía ha iniciado la búsqueda de los posibles asesinos...

DEL «MORGENBLATT», CINCO DIAS DESPUES

En el vecino pueblecito de Gau-Angelloch ha ocurrido un extraño suceso que tiene soliviantados a todos los habitantes de la localidad.

En el cruce de la carretera que une a Gau con la que va desde Bammental a Schattsn existía hasta ayer un pequeño calvario. Un vecino de Gau, que pasaba de madrugada por la carretera, observó horrorizado que el calvario había desaparecido y que en su lugar se levantaba una cruz de madera en la que se hallaba colgado y clavado por los pies y las manos el cuerpo de una muchacha joven. Avisada la gendarmería, se presentó, junto con el juez, y el burgomaestre de Gau. Trasladado el cuerpo, se anotó que tenía la cara completamente destrozada, sin duda para impedir su identificación. La policía busca activamente para saber si de alguno de los pueblos de los alrededores o del mismo Heidelberg falta alguna joven, pero hasta ahora nadie ha denunciado la desaparición de mujer alguna. Los macabros detalles de la muerte de la desgraciada joven no pueden ser dados al público, para no ofender la sensibilidad de éste, pero según fuentes policiales, son espantosos.

Los vecinos de Gau-Angelloch, aterrados, se privan de decir que el crimen sólo puede ser obra del demonio, pero la policía no comparte esa opinión, basada en el natural terror e ignorancia de los campesinos.

* * *

—Te lo repito, Monni, debes separar tus opiniones personales de mi trabajo —dijo el doctor Heinrich Wöller.

—No puedo ver a ese hombre, Heinrich. Su sola visita me produce un desagrado insuperable.

—Pero, querida —respondió pacientemente el abogado—, ¿Qué motivos tienes para ello? Jamás has querido decírmelo. Porque lo

de que cuando era pequeño era un muchachito cruel, no basta para que ahora...

—¿Acaso no has tenido que defenderlo porque en una bacanal, una... no me atrevo a calificarlo, golpeó a una mujer?

—Te asombrarías si supieras la multitud de hombres a los que consideras honorables en su vida pública que cometen en privado actos que repugnan la moral. Un abogado es como un médico: se entería de cosas contra las que tiene que acorazarse para poder continuar en su profesión. Incluso un abogado joven como yo...

—Lo que ocurre —dijo su mujer—. Es que te han nublado el juicio sus emolumentos, el hecho de que sea un hombre riquísimo.

—Basta, Monni. El deber de una esposa es ayudar, a su marido, no dirigir sus negocios. Tu puesto está en la casa, no en mi despacho. Hay que ser objetivos y tú no lo eres, basándote en unas experiencias de niña, que quizá a pesar tuyo agrandes ahora.

Monni lo observó con mirada aguda.

—Está bien. No quieres perder ese cliente, ¿verdad?

—Monni, te prohíbo que me hables de esa forma. Tú misma madre está de mi lado.

—Mi madre... Bien, no te preocupes. No volveré a meterme en tu profesión, pero ¿no podrías al menos evitar que ese hombre frecuente nuestra casa?

Heinrich Wöller se puso en pie casi violentamente.

—Creo, Monni, que puedo recibir en mi casa a quien lo desee. Si tú no quieres ver a esa persona no tienes más que retirarte a tus habitaciones.

—¿Cómo una criada?

Era la primera pelea que tenían, la primera pelea seria en un matrimonio de tres meses. Wöller cerró los ojos un momento.

—Monni: soy un hombre que está comenzando a abrirse paso en su profesión. Sobran los abogados en la ciudad. Si un cliente de las posibilidades económicas de Von Flexmann acude a mí, no puedo despreciarlo. Precisamente me ha ofrecido la administración de sus tierras de Falkenberg. Eso supondría unos ingresos muy importantes. El tren de vida que llevamos, aunque no ostentoso, requiere unos gastos. ¿Cómo puedes entonces pedirme que renuncie a ellos?

Monni sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas. Se levantó y se abrazó a su marido.

—Perdóname —dijo—. No volveré a hacerlo.

—Perdonada, querida, pero por favor, procura que tus sentimientos no se reflejen tan ostensiblemente ante ese hombre. Después de todo no te obligo a que lo trates como a un amigo, sino sólo que te comportes como una anfitriona en las pocas ocasiones en que viene a casa.

—Lo... lo haré.

—A primeros de diciembre he de ir a Falkenberg. Estaré allí unos días para hablar con el administrador actual y hacer que me entregue sus poderes, y me informe.

—¿Irás con... Loki?

—No. El tiene pensado ir a Viena.

—En ese caso, ¿no podría yo ir contigo?

—Imposible querida, y bien que lo siento. El invierno es terrible en la Pomerania oriental, y yo estaré muy ocupado.

—Quisiera ir contigo.

—Lo siento, de veras, pero no puede ser.

En diciembre, la nieve cayó sobre la ciudad universitaria, acompañada de fuertes vientos. Los termómetros descendieron vertiginosamente. Incluso los estudiantes se ponían gorros de lana bajo sus gorras facultativas.

Monni Wöller, en la ventana, contemplaba caer la nieve. Echaba

de menos a su marido, que hacía ya tres días había partido para Falkenberg. Su madre había pasado la tarde con ella, pero eso incluso había resultado una pobre sustitución. Notaba a Wenda extraña, excitada a ratos y agobiada a otros. Lo atribuía a su edad, pero el caso es que cuando llevaba algún tiempo en su compañía, deseaba que se fuera.

Un carruaje se detuvo junto a la acera y alguien descendió de él. No pudo ver de quién se trataba, pero un momento después llamaban a la puerta de la casa.

La doncella fue a abrir. Un momento después entró en la sala.

—Hay un hombre —dijo agitadamente—. Dice que la madre de la señora se ha puesto enferma y que desea ver a la señora.

Monni se sobresaltó:

—Pronto, mi abrigo de piel.

—¿Tengo que ir con la señora?

—No, no será necesario.

Mientras la criada le traía el gabán, ella salió al recibidor. Un hombre con una capa y sombrero de cochero, esperaba allí.

—¿Qué le ha ocurrido a mi madre?

—Lo ignoro, señora. Un criado fue el que me lo comunicó.

—Estaré en un momento.

Se envolvió en su piel y siguió al hombre. Entró en el carruaje. La nieve, llevada en turbonadas por el viento, impedía la visión en las calles poco iluminadas. No se dio cuenta de que algo raro ocurría hasta que comprendió que había debido llegar ya a la casa de su madre.

Golpeó el cristal que la separaba del pescante. El cochero ni siquiera se volvió.

—¡Eh! ¡Usted! —gritó.

El hombre no dio muestras de haberla oído. Los caballos caminaban a trote vivo, pese a lo resbaladizo de la calzada. Monni aún no estaba alarmada, pero sí indignada.

—¡Usted! —volvió a gritar.

Ninguna respuesta. Miró por la ventanilla. El exterior parecía un pozo oscuro, sólo rayado por las ráfagas de nieve.

En ese momento el coche se detuvo. Monni abrió la portezuela. Un hombre estaba en la parte de afuera.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos?

El cochero también se había apeado. Los dos hombres se colocaron a su lado.

—Por aquí —dijo el que estaba a su lado.

—Pero, ¿dónde está mi madre? Esta no es su casa. ¿Quiénes son ustedes?

Había dos escalones que desde la acera llevaban a la puerta de

una casa. Uno de los hombres la empujó de pronto y ella, trastrabillando, subió los escalones. No había podido siquiera abrir la boca para gritar, cuando la puerta se abrió y ella se vio empujada hasta el interior. La puerta se cerró tras de ella.

Alguien encendió el gas, en una lámpara de la pared, Monni, ahora sí asustada ya, miró.

—¡Usted! —dijo con voz ahogada.

Loki la contemplaba a pocos pasos de distancia. Vestía un traje de viaje, de color verdoso.

—Bienvenida, Monni —dijo.

—¿Qué significa esto? Usted... estaba en Austria.

—Sólo dije que me iría. Pues no, aquí estoy. Y usted, conmigo.

Poco a poco, algo se abrió paso en la mente de Monni. Una idea espantosa.

—Usted ha hecho ir a mi marido a Falkenberg... y se ha quedado aquí.

—Exacto, querida Monni. Perfectamente expresado. Sí.

—¿Con qué objeto?

—Con el de quedarme solo con usted, por supuesto.

—Abra esa puerta —dijo ella reteniendo el aliento. Abra esa puerta y diga que me conduzcan a mi casa. Porque supongo que lo de mi madre...

—Una mentira, por supuesto, también. Y no pienso abrir esa puerta ni decir que la conduzcan a su casa.

Ella se volvió y se dirigió a la puerta. Loki no se movió. La puerta estaba cerrada.

—Voy a gritar hasta que alguien acuda —dijo Monni.

—Hágalo. Nadie podrá oírla. Me es igual si grita o no.

—Pero, ¿qué quiere usted?

—A usted, Monni. A ti.

—¡Usted está loco! ¡No puede hacer una cosa así en Heidelberg! Hay policía. ¡Mi marido lo matará!

—¿Estás segura? Tu marido está lejos. Y aunque estuviese cerca, ¿tienes alguna idea de quién mataría a quién? ¿La policía? No me hagas reír. Tiene otras cosas en qué ocuparse.

Luego, de pronto, su tono cambió. Su voz se hizo chirriante, rasposa.

—¿Por qué te casaste con él?

—¿Que porqué...? Pues, ¡porque le quiero!

—¿Por qué no me esperaste? Yo te amaba desde el primer día en que te vi, en Falkenberg.

—Pero ¡si eras un niño!

—Eso, ¿qué importa? Te amé desde entonces y juré que algún día serías mía. Según iba creciendo no podía pensar en otra cosa que

en ti. Hasta que me enteré de que te habías casado. Entonces me propuse que algún día me pagarías esa traición. El momento ha llegado.

Monni comprendió que estaba ante alguien enloquecido. Lo más curioso es que lo creía. Creía todo cuanto le había dicho. Abrió la boca y gritó. Un grito agudo, prolongado.

Loki rió.

—Grita cuanto quieras —dijo cuando ella paró—. Nadie te oirá. Estás en mis manos y nada puede cambiar eso. Si accedes a lo que te pido, volverás a tu casa y nadie sabrá nada. Si te resistes, o si cuando vuelvas a ella le dices algo a tu marido, lo mataré. Te quedarás viuda antes de haberse cumplido el año de tu boda. Y entonces serás mía para siempre.

Avanzó dos pasos y la cogió por los hombros. Ella se resistió, pero las manos de Loki eran fuertes, nervudas. Monni gritó de nuevo, aún comprendiendo que era inútil. Pero necesitaba librar un poco la presión del terror.

Entonces él la abofeteó, con fuerza, con saña, con el derecho y el revés de la mano.

—Escucha —dijo con voz sibilante—. Escucha bien. Serás mía y nadie podrá impedirlo. Aunque tenga que matarte. Pero no te preocupes, no será necesario. Pero ¿no ves que valgo más que tu marido? ¿Qué ves en él que no tenga yo? ¿Qué puede darte que yo no pueda multiplicar por diez?

La violencia física había sido siempre algo completamente ajeno a Monni. Sabía sí, que existía, pero nunca la había rozado siquiera.

Estuvo a punto de desfallecer por la ira, por el miedo, por la sensación de desamparo absoluto. Trataba de convencerse de que aquello no podía ser cierto, pero «sabía» que lo era.

—Si de veras me amas, no puedes intentar tomarme por la fuerza.

—¿Qué dices? ¿Por qué no podría hacerlo? Te quiero y te tomo. Así de sencillo. Si quieres, puede todo ser muy fácil. Si no, sucederá igualmente, pero con violencia.

—¡Tú eres un monstruo! —dijo ella jadeante, sumida ya en un terror sin límites—. ¡Un monstruo! ¡Has engañado a mi marido, alejándolo de aquí para...!

—¿Engañado? Comprado, querrás decir. Lo he comprado con mi dinero. Oh, no me ha sido nada difícil. Tu marido quiere dinero. Por él sería capaz de vender a su propia esposa. ¿No lo has visto?

—¡Estás mintiendo! Mi marido no me vendería...

Su voz se fue perdiendo. No, su marido no se vendería ni la vendería, pero... había sido engañado como un tonto, por aquel demonio. Y ahora estaba lejos y no podía defenderla... y cuando volviera a verlo, si es que volvía a verlo, si sobrevivía a su

vergüenza, e intentaba vengar su honor, podría ser muerto por aquel monstruo. Heinrich no era un hombre de armas, aunque como estudiante las hubiera empleado algunas veces.

Como si estuviera leyendo en su mente, Loki dio dos pasos hacia ella. Monni comprendió que iba a desmayarse.

CAPITULO 8

WENDA llegó a casa de su hija a media tarde.

—La señorita se ha acostado —dijo la doncella—. Pero usted, señora, ¿cómo está? ¿Se puso ya bien?

—¿Yo? No he estado enferma. ¿Qué le pasa a mi hija?

La doncella la miró sorprendida.

—Entonces, el hombre que vino anoche diciendo que estaba la señora enferma...

—¿Qué estás diciendo?

—Sí, y entonces la señora joven se marchó con él...

—Me parece que estás delirando, Lisa. Yo no envié a nadie diciendo que estaba enferma. Voy a ver a mi hija. Tiene que explicarme esto.

Monni estaba en el lecho. Sus largos cabellos rubios enmarcaban una cara pálida en la que los ojos habían perdido su brillo.

—¡Monni! ¿Qué te ocurre?

—Nada, mamá.

—Por lo menos, explícame esa historia del hombre que vino aquí diciendo que yo estaba enferma.

—No es nada, mamá. Una confusión.

—¿Una confusión? Cuéntamelo todo.

—No, mamá, te digo que fue una confusión...

Súbitamente sus ojos se arrasaron en lágrimas y ocultó la cabeza entre las sábanas.

Wenda, cada vez más sorprendida, retiró las sábanas, pese a la oposición de su hija.

—Quiero que me expliques ahora mismo todo eso. ¡Vamos!

—No, mamá, por favor, déjame sola.

—No te dejaré. Quiero saber exactamente lo que te ocurre. ¿Quién vino diciendo que lo hacía de mi parte?

—¡Mamá!

—¡Habla!

Los sollozos subieron incontenibles. Se abrazó a su madre, estremeciéndose violentamente. Wenda le pasó las manos por los rubios cabellos, en un vano intento de consolarla.

—Vamos, vamos hija, Cuéntamelo todo. Te aliviará, ya lo verás.

—¡Mamá, quiero morirme!

—Pero ¿qué ha sucedido?

Monni levantó la cabeza.

—¿Me das tu palabra de que nadie lo sabrá?

—¡Claro que sí! Pero necesitas hablar, querida mía. Vamos, habla, por favor.

Y Monni comenzó. Los ojos de su madre se fueron abriendo,

horrorizada hasta el límite.

—Y me pegó, me obligó a acceder a sus deseos. ¡Me siento sucia, manchada para siempre! ¡No podré volver a mirar a Heinrich a la cara! ¡Me suicidaré!

—¡Ese maldito monstruo!

—¡Eso es lo que es, un monstruo! Me desnudó, abusó de mí, asegurando que sería siempre suya, y que mataría a Heinrich si yo le decía algo. ¡Tengo que morir! ¡No puedo vivir con esta mancha!

—No, tienes que vivir para vengarte. Escucha, hija, déjame a mí. No le digas nada a Heinrich.

—¡Pero debo hacerlo! Es mi marido y...

—Lo que no sepa no le hará daño. Ahora lo principal es acabar con ese monstruo maldito, ese engendro del demonio, ¡si, del demonio! Si hablas con Heinrich, éste morirá. ¿Es eso lo que quieres?

—¡Naturalmente que no!

—Pues entonces, procura que no se entere tu marido.

—Pero es que me obligará a ir con él de nuevo. Me lo ha dicho. Y yo... ¡yo no podré soportar otra vez su brutalidad! ¡No podría! ¡Me mataré!

—¡No! ¡No vuelvas a repetir eso!

—Imagina, mamá que yo... que yo... ¡tuviese un hijo de ese monstruo!

Wenda se horrorizó al solo pensamiento de semejante posibilidad.

—No... no lo creo. ¿Podría ser?

—¿Cómo puedo yo saberlo? Me clavaré un cuchillo, me arrojaré al Neckar, haré cualquier cosa.

Estaba positivamente enloquecida. Wenda dijo:

—Espera un poco, hijita.

Fue en busca de la doncella.

—Vete inmediatamente a buscar al doctor profesor Porteus y dile que necesito verlo inmediatamente.

—Sí, señora.

La doncella se puso una capa por encima y salió. Wenda volvió con su hija. Monni, sentada en la cama, con los ojos muy abiertos, y ya sin sollozar, parecía en trance.

Porteus llegó media hora después. Wenda lo recibió en la sala.

—Quiero que dé usted a mi hija un calmante —dijo Wenda rápidamente—. Algo que la haga dormir. Está en un estado de excitación horrible. ¿Puede hacerlo? Después le explicaré.

—Puedo hacerlo —respondió Porteus.

Sacó de su maletín unos sobrecitos de polvos.

—Agua.

Se la trajeron. Disolvió dos papelillos en el líquido.

—Tengo que verla —dijo.

—No ahora, doctor. Después, cuando esté dormida. Ahora no haríamos sino excitarla más. Se lo ruego, luego le explicaré.

—Está bien, pero este misterio...

—Después, doctor.

Wenda subió y obligó a su hija a beberse la opiata. Luego estuvo con ella hasta que la joven fue cerrando los ojos y se durmió. Bajó. Porteus, junto a la chimenea, se calentaba y bebía una copa de coñac.

—Bien, señora Daleth... Si es usted tan amable que me explique esta situación tan extraordinaria...

Wenda, con el hermoso pecho agitado, comenzó a hablar. El semblante de Porteus, ya pálido de por sí, fue tornándose lívido.

—Es... ¡es imposible! ¡No puedo! ¡No puedo creerlo!

—Puede creerlo. Monni me lo ha contado con toda clase de detalles. Ese monstruo lo ha hecho.

—Ese monstruo... «nuestro monstruo», señora Daleth

—dijo Porteus quietamente. Wenda le miró.

—Sí, señora. Nosotros lo creamos, no podemos rehuir nuestra responsabilidad.

—Algo tenemos que hacer —dijo ella estremecida.

—¿Qué?

—Sí, como dice usted, nosotros lo creamos, nosotros estamos en la obligación de destruirlo.

—Pero, ¿cómo?

—No lo sé —Wenda se retorció las manos nerviosamente—. Algo habrá que hacer. No hay más remedio. No podemos permitir que ese engendro continúe sus maldades.

—¿Y le ha dicho a Monni que continuaría...?

—¡Sí! Ya lo ves, nosotros tenemos que destruirlo.

—Pensaré en ello, señora Daleth, y por lo que más quiera, no permita que Monni le hable de esta horrible cosa a su marido. Habría un nuevo crimen, lo sé.

Vaciló un momento.

—Ahora creo que voy comprendiendo ciertas cosas,

—¿Qué cosas?

—Esos crímenes que han ocurrido últimamente en Heidelberg. Esa mujer crucificada en la cruz de dos caminos, en Gau, esa otra muchacha a la que apaleó en una especie de bacanal... Todos esos crímenes... son obra de ese demonio. Del demonio que ayudamos a crear.

—El supercriminal...

—Sí. No me cabe la menor duda. Yo asistí a la autopsia de la

muchacha —se cogió la cabeza con las manos—. Estaba destrozada.

—Y mi Monni puede verse...

Porteus alzó la cabeza.

—Tenemos que evitarlo, sí. Escuche, señora Daleth, durante el día, si Monni se despierta, déle otros papelillos de estos. Mañana sabré lo que tenemos que hacer. Tengo que pensar...

—Si vuelve por aquí yo misma lo mataré, con un cuchillo, con una pistola, con lo que sea —dijo ella furiosamente—. Vengaré a Monni y me vengaré yo.

—¿Usted?

—Yo... me amenazó... —se detuvo. Nadie sabía sus amores con Gustav von Flexmann, jamás se había referido a ellos, pero Porteus comprendió que había algo detrás de aquellas palabras.

—¿Usted? —repitió—. ¿Acaso...?

—Es algo que no podría repetir, doctor. Pero me amenazó.

Porteus se puso en pie. Terminó su coñac, como si esperase encontrar en él las fuerzas que le faltaban.

—También a mí. Gustav me había prestado dinero y conservó los recibos. Yo podría pagárselos, pero si lo dijese... también yo... mi posición social en la ciudad...

—Comprendo. Bien, si usted cree, esperaremos a mañana.

—Sí, sí, es lo mejor.

La criada trajo la capa de Porteus, y le ayudó a ponérsela. Un momento después el doctor había salido de la casa.

Wanda volvió junto a su hija. Descansaba, pero se movía y de vez en cuando gemía.

Porteus volvió a su casa. Eran las doce de la mañana, pero no sentía deseo alguno de comer. Bebió otro coñac mientras pensaba furiosamente. Luego se decidió. Rápidamente se acercó a su banco y se hizo entregar trescientos marcos. De allí se dirigió a la Facultad de Medicina y entró en la sección de toxicología. El encargado de ella, el doctor Thoma estaba entregado a su trabajo, en el laboratorio.

—Hola, Porteus. ¿Se te ofrece algo?

—Quería verte. Hacerte una consulta.

—Bien...

—Se trata de los síntomas que he creído descubrir en un paciente. Inventó rápidamente algunos síntomas y Thoma lo escuchó con atención.

—Así, a primera vista podría decir que es un envenenamiento con estricnina, pero sin ver al paciente... hacer algún análisis...

—Estricnina... o sea, nuez vómica, ¿no es eso?

—Pudiera ser.

—¿Tienes algún libro en el que pueda hacer algunas comprobaciones?

—Por cierto. Si esperas unos minutos...

Thoma salió. Porteus, rápidamente, fue al anaquel en el que estaban guardados los venenos. Repasó rápidamente los rótulos de los frascos y por último cogió uno que contenía polvos blancos. Puso en otro frasco parte del contenido y se lo guardó. Thoma volvía ya.

—Mira, aquí lo tienes.

—Gracias, camarada. Continúa con tu trabajo. Yo leeré aquí, sin molestarte.

Fingió hacerlo mientras Thoma se reintegraba a sus pruebas. Luego cerró el libro.

—Gracias, de nuevo.

—Y recuerda que si alguien envenena a alguien debes dar parte a la policía.

—Por cierto que sí.

Volvió a su casa, y metió el frasco en un cajón de su mesa. Luego llamó a su criado. Escribió una rápida nota y se la dio al hombre.

—Quiero que la lleves a casa de Von Flexmann. Espero contestación.

El criado volvió al cabo de una hora.

—El señor Von Flexmann dice que pasará a ver al señor a las seis de la tarde.

Tenía tiempo. Con el corazón agitado, pero la mente lúcida, comenzó a preparar su plan.

A las seis, Loki llamó a la puerta. El criado lo introdujo en el despacho de Porteus.

—Bien, doctor, ¿qué desea? Y, recuérdelo para otra ocasión: si desea verme, acuda a mi casa. No soy su criado.

Porteus asintió. Sentía la boca reseca.

—Loki, ¿has traído los pagarés?

—Por supuesto que no. ¿Es que piensa pagarme?

—Tengo aquí trescientos marcos. Como mi deuda con tu padre era de doscientos cincuenta, he añadido unos intereses de cincuenta. Creo que es lo justo.

—Bien, démelos.

—Ni lo pienses. Necesito primero los pagarés.

—Duda de mí, ¿verdad?

Loki se había sentado en un sillón y se golpeaba las botas de montar con un látigo.

—No, pero deseo que esto sea un trueque. Entrégame los pagarés y tendrás tu dinero.

Loki se rió. Una risa chirriante, que hería los oídos.

—Muy bien, los tendrá.

—¿Deseas beber algo?

—No.

—Tengo un excelente coñac.

—No.

Porteus tragó saliva.

—Hay otra cosa, Porteus. Le hice una pregunta el otro día. Usted me respondió con vaguedades, con mentiras.

—Pregunta, pues.

—¿Quiénes fueron mis padres?

Porteus lo miraba. En aquella cara bien parecida, tras de aquellos rasgos finos, casi hermosos, estaba viendo la brutalidad con que había tratado a Monni. Sintió una oleada sorda de indignación y procuró dominarla. Necesitaba tener la cabeza fría, la mente clara.

—¿De veras quieres saberlo?

—Sí.

—Pues en ese caso, lo vas a saber. Tu padre fue un criminal al que ajusticiaron. Una alimaña que asesinaba por unos céntimos o un pedazo de pan. Y tu madre una prostituta que se entregaba a cualquiera.

Aquella cara pareció descomponerse de pronto. Como si cada una de sus facciones se separase de las demás. El resultado era tan horroroso que Porteus se sintió aterrorizado y retrocedió en su sillón.

—¿Qué estás diciendo, perro?

—¿Acaso no me has oído? Tú preguntaste. Tú quisiste saber: pues esa es la verdad.

Loki se puso en pie. La mano de Porteus fue hacia el hurgón de la chimenea. Temía un ataque físico. Al mismo tiempo su mano izquierda, tiró de la campanilla que avisaba al criado.

Lentamente, la cara de Loki fue recobrando su aspecto normal. Pero durante unos instantes, Porteus había creído tener frente a él a un demonio.

—Usted está mintiendo. Lo dice para... vengarse de mí.

—No miento —la puerta se abrió y el criado apareció en el umbral—. El señor Flexmann se va. Acompáñelo a la puerta.

—Nos veremos de nuevo, Porteus. Y antes de lo que usted cree.

Luego marchó, tras el criado.

Porteus se pasó la mano por la frente sudorosa. El veneno había fallado. Había que encontrar otra solución.

CAPITULO 9

UN hombre, vestido con una capa de piel y llevando un bastón en la mano penetró en la taberna. Llevaba el sombrero muy echado hacia los ojos.

Golpeó una mesa con el bastón.

—¡Ginebra! —ordenó—, ¡De la mejor!

Le sirvieron. Varios hombres lo miraban curiosamente. Uno de ellos murmuró algo al oído de otro.

—¿Qué están ustedes murmurando? —preguntó el recién llegado.

La taberna era frecuentada por obreros y marineros, gente ruda.

—Nada —respondió el aludido.

—Su cara no me gusta —dijo el recién llegado. Se echó el sombrero hacia atrás. Una faz de rasgos finos apareció en la escasa luz del local.

—Bueno, ¿y qué quiere que le haga? —masculló el interpelado.

—Y cuando no me gusta una cara, es posible que intente cambiarla.

—Escuche, señor —dijo el otro—. Nosotros no nos metemos con nadie.

—¡Cállese, deslenguado, estúpido!

El aludido, un fornido obrero, se irguió.

—¡Déjeme en paz! No me he metido con usted.

No pudo terminar. El bastón se alzó en el aire y descendió sobre su cabeza. El obrero cayó al suelo. Al instante, sus compañeros hicieron ademán de lanzarse sobre el hombre de la capa de piel.

Este se colocó de espaldas al mostrador y volteó su bastón. Los otros retrocedieron.

—Llamaré a la policía —dijo el dueño, asustado.

El hombre de la capa de piel se dirigió a la puerta, sin dejar de hacer molinetes con el bastón. Cuando salió, subió en un coche, que lo esperaba. Apoyó la cabeza en el asiento, mientras el cochero ponía en marcha el vehículo.

—¿Dónde, señor?

Loki dio la dirección. El cochero movió la cabeza.

—Señor, creo que usted... Esa señora...

—Vaya donde le he dicho. No me replique o lo apaleo. Para eso le pago.

Loki tenía los dientes apretados. El cochero espoleó los caballos. Ya conocía la brutalidad de que era capaz el hombre que lo había alquilado a él y a su coche por toda la temporada. Y había llegado a tenerle miedo. Claro que pagaba con tanta generosidad...

Detuvo el coche y Loki se apeó. Ascendió los dos escalones y llamó a la puerta. La doncella abrió y al instante intentó cerrarla

de nuevo. Loki lo impidió poniendo el pie entre la hoja y el quicio.

—Anúnciame a tu señora —ordenó.

Empujó la puerta violentamente haciendo retroceder a la doncella.

—¡He dicho que me anuncies, animal!

La doncella corrió hacia el interior, dando un grito. Loki, el semblante mortalmente pálido, esperó.

Fue Wenda la que apareció. Llevaba en la mano el hurgón de la chimenea.

—¡Fuera de aquí, criminal! —dijo.

—Vengo a hablar contigo. y no me marcharé sin haberlo hecho.

—¡Vete! Llamaré a la policía.

—¿Qué quieres? ¿El escándalo? Lo tendrás. O me oyes o tendrás el escándalo.

Los ojos de la mujer refulgían.

—Pero tú serás juzgado por asesino y violador.

—Sólo he venido a hacerte dos preguntas. Después me iré.

—¡No quiero hablar contigo!

—Muy bien. Mañana sabrá todo Heidelberg que tu hija aprovecha la ausencia de su marido para acostarse con otros hombres.

—¡Que ha sido violada!

—Eso es tan difícil de demostrar como el paso del ave en el cielo.

¿Vas a responder o no?

Wenda se sintió desfallecer. Estaba sola, con la doncella y con Monni. Si tan sólo pudiera avisar a la policía... Pero el escándalo... Cerró los ojos.

—Pregunta.

—Dame de beber primero. Quiero ginebra, necesito ginebra.

Wenda, sin soltar el hurgón —pobre defensa, pero al menos la única— se dirigió a la sala. Loki la siguió. Un momento después bebía un vaso entero lleno de ginebra.

—Y ahora, respóndeme. ¿Sabes quiénes fueron mis padres? Tú debes saberlo. Al fin y al cabo eras la amante del hombre que se hizo pasar por mi padre.

—¿Por qué piensas que yo he de saberlo?

—Ya te lo he dicho. Tú eras su amante.

Wenda miró rápidamente hacia la escalera. Si Monni le oyera...

—¿Por qué no le preguntas a Porteus?

—Te lo estoy preguntando a ti, no a él.

—Yo... no lo sé. Nunca me lo dijo.

—Mientes. Y si no me lo dices, ahora mismo hablaré con tu hija. ¿Qué tal le sentará saber que su madre fue la amante de Gustav von Flexmann?

—Miserable... miserable...

—Vamos, habla. Habla o subo.

—Tu padre... fue un criminal. Y tu madre una... mujer de esas.

—¿Cómo tú, que engañabas a tu marido? ¿Es eso lo que quieres decir?

—¡No! Era una viciosa, nunca se cansaba de los hombres...

Miró a la cara de Loki. Este había apretado los dientes. Tanto que una raya pálida se marcaba en cada una de sus mejillas.

—Vamos, sigue.

—Pues... no hay más. Esos eran tus padres.

—Entonces, ¿por qué me recogió Gustav? ¿Por qué? ¿Qué tenía él que ver con aquellas personas?

—Eso no me lo dijo nunca. Tal vez un capricho...

—Un capricho... Gustav no era un hombre como para tener esos caprichos. No como para encerrarse en Falkenberg conmigo, cuando antes le gustaban las fiestas y las mujeres. ¡No! Hay algo que no entiendo y por el diablo que me lo vas a decir.

Wenda se puso en pie.

—Espera. He de ver cómo está Monni.

—La buena de Monni. ¿Cómo está?

—¿Y me lo preguntas, miserable, después de lo que hiciste con ella?

Loki sonrió.

—¿Lo que hice con ella? ¿Cómo sabes que ella no disfrutó también de la situación? Entre su marido y yo no hay duda posible. Su marido es débil, sólo piensa en el dinero. Y yo soy fuerte, tengo el dinero. ¿Cómo sabes que en este momento no está pensando en que mis brazos son mejores que los de su marido, ese marido que tú le impusiste? Vamos, ve a verla y vuelve luego.

Wenda, ciegamente, salió de la habitación. Encontró a la criada esperando en el recibidor, retorciéndose las manos.

—Pronto —dijo Wenda en un susurro—. Ve a avisar al doctor Porteus. Ahora mismo.

La criada estaba ya cogiendo su capa.

—Que venga ahora mismo. Que es muy urgente. Pero no le digas que hay alguien aquí. Dile que mi hija... está peor.

En el último momento se había dado cuenta de que quizá Porteus avisase a la policía, y eso no *podía ser*. Tenían que solucionarlo ellos mismos.

Cuando la puerta se cerró tras de la criada, suavemente, Wenda volvió a la sala. Loki estaba bebiendo otro vaso de ginebra. Wenda recordó que cuando era pequeño se le agregaba el licor a la leche.

—¿Cómo está tu hija? —preguntó.

—Duerme. No quiero despertarla.

—Y ahora, cuéntame. Siéntate aquí conmigo y cuéntame. Quiero que me lo expliques todo. ¿Conociste a mis padres?

—No. No, eran... ya te lo he dicho. El un criminal. Lo ahorcaron.

—Lo ahorcaron... ¿Nada más? ¿Qué es lo que había hecho? ¿A quién había matado?

—A varias personas.

—¿Cuál era su nombre, Wenda?

Wenda se había sentado en el diván, alejada del hombre. Su pecho se agitaba a impulsos de la respiración.

—No sé... No recuerdo.

—Vamos, vamos, Wenda, tienes que recordar. De lo contrario, ya sabes lo que ocurrirá.

—Era... Smeltz.

—Smeltz. Recordaré el nombre. Quiero hacer algunas investigaciones sobre él. Y mi madre...

—Se llamaba Leni.

—¿Sólo Leni?

—Sólo. Era... no tenía padres.

—Una borracha, ¿eh? borracha y viciosa.

—Sí... eso era.

—Muy bien. Y ahora ¿por qué hizo Gustav eso? ¿Por qué me adoptó?

—Te doy mi palabra de que no lo sé.

—¡No creo en tu palabra! Todos me habéis engañado, y tú la primera. ¿Por qué me adoptó Flexmann? ¿Por qué?

Había levantado la voz. Wenda miró hacia la puerta, alarmada.

—Calla, por Dios.

Por el diablo. ¿Qué le llevó a una acción así? Tiene que haber algo más.

En ese momento se oyó el ruido de la puerta al abrirse. Loki se puso en pie.

—¿A quién esperabas?

Wenda no tuvo tiempo de responder. Porteus apareció en el umbral. Al ver a Loki se detuvo, clavado en el suelo.

—¡Señora Daleth! Creí que Monni... ¿Qué haces aquí?

—Así que necesitabas ayuda, ¿no es eso? —dijo Loki—. Pase, doctor. Precisamente no importa su presencia. Creo que todo lo contrario.

Porteus entró en la habitación. Llevaba en la mano su maletín.

—¿Cómo está Monni?

—Duerme, doctor. Loki me estaba haciendo preguntas sobre su nacimiento, sobre sus padres. Usted puede explicarle mejor que

yo...

Porteus los miró con ojos de búho.

—Lo primero es ver a Monni. Después hablaremos.

Dio media vuelta y se dirigió al recibidor y a la escalera. Cuando llegó a la habitación de Monni, llamó levemente a la puerta.

—Está abierto, doctor —dijo la muchacha.

Porteus entró. Monni, recién peinada, estaba sentada en una butaquita. Una amplia bata de terciopelo cubría sus espléndidas formas.

—¿Cómo te encuentras...?

—Mejor, doctor.

—Bien, creo que deberías dormir...

—No.

—¿Por qué?

—Porque sé que ahí abajo está Loki.

—Bueno, pero tu madre y yo...

—Doctor, ni mi madre ni usted pueden nada contra él. Lo sé. De lo contrario mi madre no le hubiera dejado entrar, hubiera llamado a la policía, hubiera hecho algo.

—Bien, se trata de que ese miserable puede hablar a tu marido que éste se entere de lo que...

—Va no me importa, doctor.

—¿Qué quieres decir?

—Que no me importa. Lo que quiero es... hablar nuevamente con él.

—Pero, en nombre de Dios, ¿para qué?

—Porque soy la única que... la única que puede manejarlo.

—¡Estás loca!

—No, doctor. He pensado mucho en lo que ocurrió. He sido violada, por ese hombre, pero siento, sé que tengo alguna influencia sobre él.

Hizo una pequeña pausa.

—Sé que hay varios misterios en todo esto. Mire, doctor, he pasado, de ser una niña que jugaba a la mujercita casada, a ser una mujer que sabe que en el mundo no todo es de color dorado. Que existe el mal, que existe la violencia, la violencia ciega y absurda. Hace un momento me acerqué al piso de abajo sin que me oyeran: pues bien, Loki conoce algo que hace que mi madre tenga que obedecerle. No sé qué, pero algo existe. Y vamos a saberlo. Voy con usted.

—No lo permitiré...

Pero le bastó ver los ojos de la muchacha para comprender que tendría que acceder. Encogió los hombros bajo el peso de una carga que amenazaba tornarse insoportable. Abrió su maletín y

buscó algo en él.

Luego, la siguió. Ambos entraron casi al mismo tiempo en la sala. Wenda se puso en pie lanzando un grito.

—¡Monni! Vuelve a tu cuarto.

—No, mamá. He venido porque quiero saber. Nadie me lo va a impedir.

—Hija, tú no puedes...

—Acabo de decirle al doctor que he crecido en estos dos últimos días. Ya no soy una niña. Y si hay algún secreto, quiero compartirlo.

—Quieres saber, ¿eh? —preguntó Loki. Se había puesto en pie y se balanceaba sobre sus pies, con las manos metidas en los bolsillos.

—Sí.

—Muy bien, pues ellos son los que te lo han de explicar. Vamos, adelante, vosotros dos.

—Lo sabes todo o casi todo —respondió Porteus—. Pero antes, Wenda, querría beber algo. ¿Este es tu vaso, Loki?

—Me serviré yo mismo.

Cogió la botella de ginebra y llenó de nuevo su vaso. La bebida no parecía hacerle efecto alguno. Porteus miró a Wenda y le hizo un rápido gesto, enseñándole su mano. En ella había un frasquito.

Wenda asintió levemente. Loki terminó de beber.

—Hay un misterio —dijo—. ¿Por qué Gustav von Flexmann me adoptó? Nada ni nadie le obligaba a hacerlo, ¿no es así? Bien, en ese caso, ¿por qué lo hizo y por qué se encerró conmigo en Falkenberg? ¿Por qué? Vamos, hablad.

—Sí, doctor —dijo Monni—. Explíquenos eso. ¿Por qué lo hizo? Porteus tomó su copa y bebió un largo trago. Estaba ligeramente pálido.

—Gustav estaba haciendo un experimento —dijo.

—¿Qué clase de experimento?

—Jugaba —dijo lentamente— a ser Dios o a ser el diablo.

—Explíquese.

Loki había dejado su vaso sobre una mesa. Porteus se dirigió hacia esa misma mesa para dejar el suyo. Se volvió de espaldas al mueble.

—Un tal Smeltz, un criminal, un hombre perseguido y acosado por la justicia, iba a ser ahorcado. Gustav, Loki, sostenía una extraña teoría. La de que se podía conseguir fabricar, crear, al supercriminal.

Monni se estremeció.

—Pero, ¿por qué? ¿Qué razones había para hacerlo?

—Su simple capricho. Sólo eso. Y pensó que, cruzando, si se me

permite esa palabra, a dos criminales, un macho y una hembra, a dos seres completamente al margen de la sociedad, cruzándolos, repito, podría llegar a fabricar ese supercriminal.

Mientras enfrentaba a sus oyentes, con las manos en la espalda trataba de abrir el frasquito. Pero sus manos temblaban.

—Y los cruzó —dijo Loki.

Tenía las manos aún metidas en los bolsillos. Su cara, muy pálida, parecía la de un muerto. Monni no separaba la vista de él.

—Sí, pero no como piensas. No de una forma... normal. Smeltz estaba en la cárcel, iba a ser ahorcado. Y Gustav pensó en algo... Se volvió a la muchacha.

—Perdona, Monni, los detalles...

—Soy una mujer casada —dijo ella—. Casada y que además he pasado por una experiencia...

—No del todo desagradable, ¿eh? —dijo Loki.

—Miserable —murmuró Wenda—. Miserable.

Aquellos dedos... no conseguían destapar el frasquito. Y todo tenía que hacerse de tal manera que Loki no se diese cuenta. Resultaba muy difícil. Si al menos lograra controlar el temblor de sus dedos...

—Pues bien, todo ahorcado derrama su semilla en el momento en que muere, con la médula partida. Si ese semen se lleva al seno de una mujer, ésta puede concebir sin necesidad de que exista una unión física entre el macho y la hembra.

Monni tragó saliva.

—¿Eso es lo que hicieron ustedes?

—Sí. Yo no tenía más remedio. Debía dinero a Gustav y éste me lo reclamaría si no accedía a sus deseos... Hubiera sido el fin de mi carrera. Yo aún no había terminado mis estudios y... el caso es que tuve que hacerlo.

—Y me llaman monstruo a mí. Se atreven a llamarme monstruo a mí —dijo Loki—. ¿Cómo debería llamárseles a ustedes? ¿Cómo?

—Sí —dijo Monni—, Esa cosa horrible... Loki tiene razón. ¿Cómo pudieron hacerle eso a una persona?

—Gustav lo quiso y tenía poder para obligarnos a los demás.

—¿A los demás?

Se le había escapado. Tragó saliva. Tendría que enmendar su error.

—Quiero decir que me obligó a mí a ayudarlo.

—¿Usted solo? ¿Nadie más?

—Nadie más. Lo hicimos nosotros solos.

Loki asintió.

En ese momento, Porteus logró destapar el frasquito. Ahora se trataba de, sin volver la cabeza derramar su contenido en el vaso

de Loki, pero, ¿dónde estaba ese vaso? Tanteó desesperadamente con la mano izquierda, pero no lograba encontrar la fría superficie de cristal.

Y Loki se dirigió hacia la mesa. Rápidamente, Porteus, sintiendo que el corazón le golpeteaba contra las costillas, encerró de nuevo el frasquito en la palma de la mano. Sudaba.

Loki lo apartó, cogió la botella de ginebra y se sirvió un nuevo vaso. La ocasión se había perdido de nuevo y Porteus estuvo a punto de llorar.

—Así que esa es la historia —dijo Loki—. Muy bien, así que soy el hijo no querido de dos desgraciados.

—De dos criminales —dijo Porteus—. Sí, eres su hijo.

—Un supercriminal, ¿verdad?

—No. Tu padre no sabía lo que yo. Que de dos degenerados sólo un degenerado puede nacer. Y eso es lo que eran tus padres y eso es lo que eres tú.

Se le habían escapado las palabras, rabioso por haber fallado. A estas horas Loki debería estar revolcándose por el suelo... Quizá un poco más tarde... quebrándosele los huesos del cuerpo por las contracciones musculares... Y todo ello ya no podría ser. A menos que...

—Ahora lo comprendo —dijo Monni pensativamente—. Ahora comprendo lo que has hecho, Loki.

—Lo que te ha hecho a ti —respondió Porteus—, Porque hay otras cosas. Otras cosas horribles que tú no sabes.

Loki se volvió hacia él con violencia.

—¿Qué está usted diciendo?

—Me refiero a esos crímenes, a esos crímenes que la policía no ha podido esclarecer. A ese hombre al que lanzaron al río, a esa muchacha crucificada en Gau...

Loki había entrecerrado los ojos.

—Sabe usted demasiado, doctor Porteus. No pensará que va a vivir después de haberme dicho eso, ¿verdad?

—Sí, Gustav pensaba en otra cosa al crearte, Loki. Pensaba en un supercriminal capaz de cometer crímenes de más... altura. Un ladrón, tal vez, un asesino, quizá, pero no alguien como tú. Un ser en cierto modo superior. Esa fue su idea y ahí se equivocó.

—¿Usted cree que de veras se equivocó? —preguntó Wenda—. ¿Qué es lo que ha hecho este hombre sino crímenes, crímenes una y otra vez? Un asesino.

—Pero no un supercriminal. Eso nunca. Más tarde o más temprano, la policía le echará mano y terminará ahorcado, como su padre. No, Wenda, Gustav estaba equivocado.

Estaba tratando de acercarse otra vez a la mesa, pero la botella de

ginebra ya se había acabado.

Loki parecía pensativo. Cuando abrió los ojos de nuevo, miró primero a Porteus, luego a Wenda y por último a Monni,

—En el bolsillo de mi abrigo —dijo—, llevo una pistola. Doctor, usted va a venir conmigo.

—¿Dónde?

—Ya lo sabrá. Pero usted va a venir conmigo. De lo contrario lo mataré aquí mismo.

—Y si voy contigo me matarás en cualquier otro lugar, ¿no es eso?

—Ya lo veremos. Desde luego, con todo lo que sabe, podría usted ir a la policía.

—No lo haré. Si he callado hasta ahora, callaré lo mismo después. Se sentía aterrado. Había hablado, se había dejado llevar por el deseo de herir a Loki, pero ahora comprendía que estaba a dos dedos de la muerte.

—Wenda, ¿quieres traer más bebida? Loki está seco.

—No quiero beber más. Doctor, venga conmigo.

—No iré.

—Avisaré yo a la policía —dijo Wenda.

—Y entonces morirás tú también.

—Un momento —dijo Monni. Todos se volvieron hacia ella.

—¿Qué?

—Un momento —repitió—. Mamá, ¿qué poder tiene Loki sobre ti?

—¿Sobre mí? Nada, hija, es que...

—No mientas.

—Pero, ¿no lo sabes? —preguntó Loki echándose a reír de aquella manera demencial—. ¿No lo sabes de verdad? ¿Se lo dices tú, Wenda o se lo digo yo?

—¡Cállate!

—Wenda era la amante de Gustav. Mucho antes de que tu padre muriera. Probablemente desde antes de que decidiera... «crearme».

—¡Monni! Espero que no crearás...

—Sí, mamá, lo creo. No tienes por qué mentir.

—Yo no lo creo —dijo el doctor Porteus—, No puedo creerlo.

Wenda se había tapado la cara con las manos. Monni la miraba como si la viera por primera vez.

—Mamá, ¿tomaste tú parte en el nacimiento de Loki?

—¡No...!

Monni miró a Porteus. Este apartó la mirada.

—Vamos, doctor —dijo Loki.

—Loki —era Monni.

—¿Qué quieres?

—¿Quieres venir conmigo a mi cuarto?

—¡Monni! —gritó Wenda con el rostro descompuesto.

—Déjame, mamá. Quiero hablar con él.

—Pero, ¿de qué, en nombre de Dios? ¿Qué es lo que tienes tú que hablar con ese monstruo, ese violador, ese...?

—Déjame, mamá, repito. Quiero hablar con él, eso es todo.

Porteus lanzó una rápida mirada a Wenda. «Déjalos», pareció decirle.

Loki, por primera vez, pareció un poco confundido.

—¿Quieres de veras hablar conmigo, Monni?

—Sí. Sube conmigo. Esta noche han ocurrido demasiadas cosas. Quiero hablar de ellas contigo.

—Por mí... vamos.

Monni se puso en pie y se dirigió a la puerta. Wenda tendió los brazos como para impedirse, pero los dejó caer al ver la fría mirada de su hija fija en ella.

Luego, los dos salieron.

—Rápido —dijo Porteus jadeante—. Tengo aquí el veneno. Prepare un vaso de ginebra.

Le enseñaba el frasquito. Wenda, despeinada, parecía haber envejecido diez años en poco tiempo. Buscó en un armario y sacó una nueva botella de ginebra. La puso sobre la mesa.

Porteus cogió el vaso en que había bebido Loki y vertió en el todo el contenido del frasquito.

—Es necesario que se lo beba —dijo—. Como sea, pero es necesario que lo beba. Tardará en hacerle efecto unos minutos, tal vez media hora. De esa forma morirá fuera de aquí.

—Lo beberá —dijo Wenda—. ¿No tiene usted un arma?

—No.

—Yo tengo una pistola que perteneció a mi marido. Voy a buscarla. Ese hombre quiere matarlo a usted.

Volvió poco después con el arma. En su rostro había una mueca de preocupación.

—Están hablando en el cuarto. He escuchado en la puerta.

Monni estaba hablando. Cerca de ella, Loki la contemplaba.

—Ya no importa lo que hiciste conmigo. Lo comprendo. Quiero decir que comprendo que tus impulsos son más fuertes que tú mismo, porque has sido creado para el mal. Pero ahora que sabes lo que hicieron contigo, creo que podrías cambiar. No fuiste tú, fueron ellos.

—Y con eso ¿adónde quieres llegar?

—Quiero decir que te comprendo. Y si de algo vale eso para ti, quiero que cambies, que retrocedas, que no sigas.

Loki cerró un momento los ojos.

—¿Lo harías tú?

—¿Qué quieres decir?

—¿Vendrías conmigo?

—¿Contigo?

—¡Sí! —gritó el otro salvajemente—. Te forcé porque me odiabas. Pero si quisieras venir conmigo, abandonar a tu marido, casarte conmigo, tal vez... pudiera dar marcha atrás.

—Abandonara mi marido...

Monni bajó la mirada hasta el suelo.

—Sí, dejarlo todo y venirte conmigo. Viviríamos en Falkenberg. Vamos, ¿no quieres que yo dé marcha atrás como decías?

—No puedo. Heinrich me ama, para él eso sería como... sería la destrucción de su vida.

—¡El te necesita menos que yo!

Dio dos pasos en dirección a la joven y la miró profundamente a los ojos.

—¿Serías capaz de hacerlo?

—No lo sé. Ten en cuenta que en pocos días todo ha cambiado para mí. Mi madre amante de Gustav, engañando a mi padre. La historia de tu... creación. Tu misma violencia. Mi mundo ha sufrido una transformación. No lo sé. Podrías... ¿podrías esperar?

—No puedo. Ese hombre me denunciaría a la policía.

La cogió por los hombros. Ella levantó hacia él los ojos.

—Debes perdonarlo. Por ahí podrías comenzar.

—¿No te importa que haya cometido esos crímenes?

—Sí, me importa, pero sé que no eras tú. Eran... ellos. Ellos, los que *te hicieron*.

Loki la abrazó. Sus ojos brillaban febrilmente.

—Mataré a ese médico y luego huiremos.

—¿Y mi madre?

—Tu madre no hará nada. Teme que su mundo social se venga abajo si se sabe que fue la amante de Gustav.

—Mi marido...

—Te olvidará. Siempre encontrará a otras.

—No sé...

El la abrazaba estrechamente.

—Ven conmigo.

Sus ojos se encontraron. Los labios del hombre buscaron los de la mujer.

—Está bien —dijo ella—. Sé que cometo una locura, pero... hay una fuerza extraña...

—¡Sí! —las pupilas de Loki brillaron salvajemente—. ¡Sí! ¡Eres mía, siempre lo fuiste desde el primer momento en que te vi!

Nunca ha habido otra mujer para mí. Siempre te recordé.

—Sí.

—Pero tú me odiabas...

—Sí...

—Pero ahora no me odias. ¡Me amas!

—Sí...

Volvió a abrazarla, hasta hacerle daño. La mano de Monni fue al bolsillo de su bata. Cuando salió de nuevo, esgrimía unas tijeras.

Mientras el hombre la abrazaba, la joven alzó el arma y la descargó con un fuerte golpe en el cuerpo de Loki. La punta muy fina y aguzada, penetró en la carne a través de la tela. Tan fuertemente que llegó directamente al corazón,

Loki la soltó, se irguió y luego comenzó a tambalearse.

Monni se apartó de él y le vio caer de rodillas. Los ojos del hombre se volvieron vidriosos.

Monni se dirigió a la puerta y llamó.

—¡Mamá! ¡Doctor Porteus!

Los dos subieron a la carrera. Porteus llevaba la pistola en la mano.

—¿Qué ha ocurrido?

—Ahí tenéis al monstruo —dijo Monni exultante—. Ahí lo tenéis.

Los otros dos pasaron dentro de la habitación. Loki había caído sobre un costado y sus pupilas parecían mirarlos. Sus facciones se habían desencajado como unos días antes en el despacho del médico. Parecían haberse descompuesto, desconectado unas de otras. El resultado ofrecía un espectáculo horroroso.

—Pero... ¿qué ha ocurrido? —preguntó Wenda llevándose las manos a la boca.

—Lo he matado. Cuando él creía que iba a cometer la mayor, la mejor de sus... el mejor, el más alto de sus crímenes... le clavé las tijeras en el corazón. Creía haber conseguido que yo le amase. Quería separarme de mi marido... que yo le siguiese, que me enamorase de él para después... no lo sé.

Se pasó la mano por la frente. Vaciló. Porteus corrió hacia ella.

Monni lo rechazó.

—No es momento de debilidades, doctor. Hay que sacarlo de aquí, llevarlo a algún sitio. No debe nadie saber que ha muerto aquí.

—Lo haremos, por Dios.

—Pues... ¡háganlo! ¿A qué esperan, a que se desangre en mi habitación?

Hizo una pausa.

—Ustedes lo crearon... y no lo olvidaré jamás. Ahora ¡afuera con él y ojalá pudiera decir lo mismo de ustedes! ¡Llévenselo!

Parecía que iba a desmayarse, pero no se desmayó mientras su madre y Porteus comenzaban su tarea.

FIN

BIBLIOTECA RAPIDA

TITULOS PUBLICADOS:

BRUJOS E ILUMINADOS
POSESOS Y EXORCISTAS
EL MERCADO DE LA MUERTE
VISITAS COSMICAS ● EL EROTISMO EN LA MITOLOGIA
LA REENCARNACION ● LO VERDADERO DE LAS PIRAMIDES
VUDU, SANTERIA Y MACUMBA ● LA NIGROMANCIA
HOMOSEXUALES Y LESBIANAS ● VISION MEDIUMNICA
LOS TEMPLARIOS ● EL HORROR NAZI ● LA HONORABLE TRATA
LOS REFORMATARIOS ● LUZ Y TINIEBLAS ● DELINCUENCIA
SUEÑOS Y VIDA ● FUEGO PURIFICADOR ● EL ANTICRISTO
LAS HUELLAS DE LA MALDICION ● PERVERSOS SEXUALES
ONIROMANCIA ● EL JUICIO FINAL ● TABUES SEXUALES
LA PENA DE MUERTE
LA INQUISICION
EL F.B.I.
LUTERO
SADISMO
SATANAS
DRACULA
EN TRANCE
EL FUTURO
EL AÑO 2001
LA TORTURA
VAMPIRISMO
LA DEMENCIA
LOS HUMANOIDES
HISTORIA DE LA C.I.A.



Pídalos en su kioskito favorito

Distribuidores exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6355 N.W. 36 Th Street

Virginia Gardens, FLORIDA 33166 · U.S.A.

P.V.P. **35** PTS.